

HOMENAJE A DON JUAN DE AUSTRIA

EN EL IV CENTENARIO DE LA BATALLA DE LEPANTO

(1571 - 7 de Octubre - 1971)

Por

Sergio FERNANDEZ Larraín

**Palabras de presentación del señor
Almirante Don Hugo Cabezas**

Don Sergio Fernández Larraín exhibe una destacada vida profesional, política, literaria y cultural.

Nacido en Melipilla, provincia de Santiago, recibe su título de Abogado en la Universidad Católica de Chile en 1933, con una tesis sobre "Derecho Político Soviético". Entre 1933 y 1934 ejerce como Profesor de Derecho Constitucional en la Universidad Católica.

En su vida política es elegido Diputado durante 3 veces consecutivas, entre 1937 a 1949, y Senador desde 1949 hasta 1953, período este último en que se desempeña como miembro de las Comisiones de Defensa, Relaciones Exteriores y Educación del Senado.

Posteriormente en 1959 es nombrado Embajador de Chile en España, cargo que ocupa hasta 1962.

El señor Fernández Larraín ha recibido condecoraciones de numerosos países, incluyendo a la Santa Sede.

Por otra parte ha participado en diversos Congresos Internacionales, entre otros, en Río de Janeiro, Lima, Guatemala, Frankfurt y Seúl.

El señor Fernández ha publicado desde 1933 diversos artículos sobre Historia, Política, Arte, Economía, Diplomacia y Religión, en diarios, periódicos, revistas y libros de Chile y Europa. En estos momentos prepara algunos trabajos sobre "El Emperador Carlos V a través de sus Cartas" y "La Covadonga, Biografía de una Nave".

El señor Fernández es en la actualidad Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia, Miembro del Consejo del Instituto de Chile, Correspondiente de las siguientes Instituciones: Real Academia Española de la Historia, Academia de la Historia de Colombia, Real Academia de Bellas Artes de San Telmo, Real Academia de Ciencias, Artes y Bellas Letras de Córdoba, Academia Jerezana de San Dionisio de Ciencias y Artes, Real Academia Hispanoamericana de Cádiz y Miembro de la Comisión Administradora del Archivo de Don Bernardo O'Higgins.

Tan brillantes atributos le dan jerarquía en el Campo de la Historia y estoy seguro que el tema que hoy nos trae, la "Batalla Naval de Lepanto", uno de los hitos de nuestra historia universal por la

repercusión que ella tuvo, no hará sino corroborar sus dotes e interés por esta ciencia, que busca el conocimiento auténtico de las actividades de importancia que han influido en la vida de los pueblos.

Excmo. Señor Embajador de España
Señores Almirantes,
Señores Oficiales,
Señores:

En apretadas frases, quiero evocar esta tarde, a cuatrocientos años de distancia, "la más noble victoria naval que ningún príncipe o capitán hubiese logrado después de Augusto" (1), como define y ensalza a Lepanto en su resonante lira, Torcuato Tasso.

Domingo siete de octubre de 1571, efemérides de la "hazaña prodigiosa" (2), del día "de gloria cuyo solo recuerdo —al decir del insigne Menéndez Pelayo— hacía estremecer el alma de Cervantes, que no dejó de aludir a él en ninguna de sus obras" (3), y que la juzga "la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros" (4).

Domingo siete de octubre de 1571, día que se alza en las sosegadas páginas de la historia como el jalón imperecedero que tejió la inspiración y la fe de un Papa augusto y santo, y en el que logra el triunfo inmarcesible, el tesón y la prudencia de un rey, que hizo de la defensa de la filosofía de Cristo, la espina dorsal de su política, de su doctrina y de su vida austera y fecunda.

De tan gigantesca y magna epopeya, se conmemora hoy el cuarto centenario. Y el Alto Mando de nuestra Armada ha pensado con razón que en Chile —la más austral y lejana de las provincias de la España del siglo XVI, que nos dio su sangre, su lengua y el limpio tesoro de su fe— en parte alguna podría celebrarse, con mas propiedad y decoro, tan señalada fecha histórica de la Marina de todos los tiempos, que en este sobrio y noble recinto de la Marina de nuestra patria, cuyo buque-escuela, la "Esmeralda", surgió de los astilleros de Cádiz, precisamente, bajo la gloriosa advocación del héroe de Lepanto, don Juan de Austria (5).

I

Señoras y señores:

La más firme y obstinada, la más despiadada y severa de las luchas que registran los anales de la Historia, es sin disputa la mantenida a través de los siglos entre el islamismo oriental y el occidente cristiano.

Volvamos, pues, los ojos al pasado y con respeto adentrémonos en sus insondables enseñanzas y recuerdos.

En la aciaga noche del 28 al 29 de mayo de 1453, Mohamed II, a horcajadas sobre brioso corcel, irrumpe en Constantinopla por la brecha de la puerta de San Román y conquista la ciudad por asalto. La cabeza de Constantino XI, el último emperador de Bizancio, esalzada sobre la imponente columna de su egregio antecesor, Constantino el Grande. Santa Sofía, el templo de la ciencia divina, es profanado en sus imágenes y en sus mártires. "El bárbaro que llevaba dentro de sí mismo se impuso —escribe Emil Ludwig al referirse al fiero otomano— pues penetró en la iglesia al galope de su caballo y no desmontó hasta llegar al altar mayor" (6).

La Edad Media ha muerto y con ella el milenarismo imperio bizantino.

Una fuerza nueva, combativa y fanática, surge en los anchurosos y dilatados horizontes del mundo. Con Solimán el Magnífico, Turquía y el Islam llegan al pináculo de su grandeza.

Al vertiginoso y firme paso de sus guerreros, cae Belgrado, llave del Danubio, el 29 de agosto de 1521; y en el Mediterráneo, Felipe de L'Isle Adam, gran maestro de la Orden de San Juan, capitula a 21 de diciembre de 1522, tras haber quemado el último grano de pólvora y de haber rechazado victoriosamente veinte asaltos de fuerzas veinte veces superiores. Los caballeros cristianos sucumben rodeados de la impasibilidad y de la indiferencia de las potencias occidentales, pese a las dramáticas exhortaciones de Adriano VI, el Papa noble "que escribió en su bandera la paz de la cristiandad, la (ardua) empresa de rechazar al islamismo y la (necesaria y vital) reforma de la Iglesia" (7).

En la isla de Rodas, postrer bastión del Occidente en el Mediodía, ondea arrogante el pendón del Islam, mientras en los campos de Italia se desangran franceses y españoles.

“¡Pobre cristiandad! yo moriría contento —manifiesta desolado el Santo Padre— si hubiera unido a los príncipes para la resistencia” (8).

Invadida Rodas, Solimán apresta sus fuerzas para la ocupación y dominio del reino de Hungría.

A fines de 1524, la fortaleza de Severín, atalaya cristiana en el Danubio inferior, cae en manos de los turcos. A 28 de julio de 1526, sucumbe Peterwadein, plaza fuerte de Slavonia, cuya arrojada e intrépida guarnición, integrada en su mitad por tropas pontificias, es cruelmente inmolada por los infieles.

Un mes después, el 29 de agosto, en la llanura de Mohacz, en hora y media de combate se decide el futuro del católico y denodado reino de San Esteban. Su monarca, Luis II, sus obispos y arzobispos y veinte mil infantes perecen en la lidia.

El primero de septiembre, Solimán, “el señor de todos los señores”, hace su entrada triunfal en Buda. Y tras de asolar el país hasta Raab y Gran, próximas ya las nieves y las heladas, emprende su regreso, dejando a sus espaldas una nación empobrecida y devastada.

A 29 de noviembre de 1526, Carlos V desde Granada, dirige a sus vasallos de Loja, Alhama y Alcalá la Real, la más apasionante y sobrecogedora carta de cuantas del emperador, en original, conservo en mi archivo.

Carlos V está en Granada. En la ardiente Granada. En la ciudad donde reposan sus abuelos. En el último baluarte del Islam en tierra de España. Tiene 26 años de edad. Es rey y emperador. Disfruta de las delicias del matrimonio con su joven y bella esposa Isabel de Portugal. La tierra y el cielo le sonríen. No obstante, ni el embrujo del paisaje granadino, ni su reciente boda, ni la serenidad, belleza y ternura de la emperatriz, logran debilitar su firme resolución de seguir el ejemplo que sus mayores le trazaron, precisamente, en Granada, de combatir al infiel.

En la carta que señalamos, aflora con el más profundo sentido, imperial y teológico, su resolución inquebrantable de convertirse en custodio de la cristiandad y de la “Santa Fe Catholica para así dejar buen nombre y exemplo a los que después (de él) vinieren” (9).

Con la fe de un cruzado, habla Carlos V a sus vasallos de España. Y en su inalterable decisión, ya no volverá atrás. Al servicio de tan noble empresa se entregará con “cuerpo y sangre, alma y vida”.

Así, en 1532, cuando a las puertas de Viena, Solimán, temeroso de la cercana presencia del emperador, con general sorpresa del mundo cristiano, renuncia a la expedición, largamente preparada, contra la capital de Austria. El 21 de septiembre, las campanas de todas las iglesias de Viena voltean victoriosas. En sus fuertes y murallas resuenan las salvas de artillería. El emperador y su hermano el rey de Bohemia, seguidos de sus capitanes y de sus nobles, de sus pendones y banderas, son aclamados por el pueblo todo.

Así, en 1535, con ocasión de la conquista de Túnez, donde alcanza “su cumbre la política norte-africana carolina” (10).

Y así, en Argel, en 23 de octubre de 1541, cuando pese a su férrea voluntad de lucha y de triunfo sobre el infiel, sereno contempla el emperador cómo “los elementos trocaron una victoria fácil en terrible derrota”, no obstante que “estuvo en todo sabio a gobernar, esforzado a pelear, humano al mal ajeno y fuerte al propio”, y que si Dios no lo hubiese dispuesto de otro modo, “era digno de acabar gloriosamente aquella empresa” (11), como lo refiere un vetusto manuscrito de la época.

II

En 1570, Solimán el Magnífico descansa, para siempre, en su fastuoso e imponente mausoleo de Constantinopla, cara al Bósforo dorado y azul, que marca la línea divisoria entre Europa y Asia. Carlos V, reposa, en cambio, cara a la eternidad, en el quieto silencio de la Vera de Placencia, en sobrio ataúd de madera de castaño —del que conservo una di-

minuta pero noble astilla— reliquia venerable del imperial monasterio de Yuste, donde en sonoras soledades, la tierra y los cielos cantan, como en los salmos, las glorias del Altísimo (12).

Selim II, hijo y sucesor de Solimán el Grande, pretende cimentar su trono sobre las obscuras e inexplicables disensiones de la Cristiandad.

El Islam tiende su mano codiciosa sobre la legendaria isla de Chipre, centinela de Venecia en el Levante. Preciada donación de Catalina Cornaro, la infortunada viuda del rey Jacobo, a la Señoría de Venecia, su patria, Chipre rememora las épicas proezas de los cruzados que la arrancaron al poder de los sarracenos para establecer en ella un reino cristiano (13).

En julio de 1570, Chipre, la isla enclavada en el corazón del imperio otomano y célebre desde los más remotos tiempos por la calidad de sus generosos vinos, cae en manos del Bajá de El Cairo. Nicosia, ciudad amurallada y erizada de baluartes, pese a la gallarda defensa de Nicolás Dándolo, es saqueada en sus riquezas y ultrajada en sus niños, ancianos y mujeres (14). Famagusta la sigue en el martirio. El intrépido Bragadino, agotadas sus reservas, cercenadas sus fortificaciones, abatidos sus torreones, enarbola la bandera blanca de parlamento. Mustafá, aleve y traidor, viola las solemnidades estipulaciones y Bragadino, desollado en vida, es colgado en lo más alto de la entena de una galeota, para vergüenza y escarnio de vencedores y vencidos. El reinado cristiano de Chipre ha escrito su página postrera (15).

III

Pío V, el fraile ascético, recio y terco, persistente y decidido, de lengua barba blanca sobre el débil pecho, ocupa, a la sazón la silla de San Pedro (16).

Las sombrías y ambiciosas metas trazadas sobre la cristiandad por el poderío siempre creciente de los infieles, hacen ineludible y perentoria la alianza de los príncipes cristianos.

Pío V, con firmeza inigualada, quebranta las más duras resistencias. Apasionado de su causa, enfervoriza los ánimos más tibios y recalcitrantes. En Roma la Santa Liga, recibe el óleo y crisma de

su sacramento bautismal. Venecia se doblega ante los firmes y claros requerimientos de Marco Antonio Colonna (17). Felipe II, magnánimo y obediente tan sólo a la fe que señorea su espíritu, olvida que con ocasión del sitio de Malta, los venecianos astutamente esquivaron el necesario auxilio, tan angustiosamente por él solicitado (18). Y la antigua Orden de San Juan de Jerusalén arrincona en su memoria la pasiva indiferencia con la que la Armada veneciana había contemplado desde Candia la pérdida de Rodas.

“A veinte de mayo del año 1571, concluyóse la Liga, escribe Fuenmayor y Pimentel, juróse solemnemente en Consistorio, y cinco días después se publicó, con universal alegría” (19).

Enseguida, el cronista de S.S. Pío V, enumera las veintidós capitulaciones del tratado firmado en Roma por Venecia, la Santa Sede y España, a 29 de mayo, en el que se establece que la Liga “había de ser perpetua contra los turcos y los moros de Berbería”, quedando la resolución de “las diferencias entre los confederados” al libre arbitrio del Santo Padre (20). Pío V exclama alborozado: “Jamás me ha parecido el cielo tan azul”.

Pese a la dilación en el cumplimiento de algunas de las cláusulas pactadas, la Liga inicia su marcha. “Y por la misericordia de Dios y el santo fuego de Pío V, cuajó la empresa grande” (21), afirma Lorenzo Riber, de la Real Academia Española.

Ahora, en cuanto a la composición definitiva de las fuerzas navales, tanto de la flota de la Santa Liga, como de la Armada otomana, discrepan los más connotados historiadores de la época.

No obstante, un común denominador arroja 208 galeras y 6 galeazas, para la flota cristiana. Así lo establece la mayoría de los investigadores. Basta citar al respecto, a Cayetano Rossell (22), Francisco de Ibarra (23), Stirling Marwell (24), Serrano (25), Jurién de la Graviere (26), entre otros, que, por lo demás, concuerdan con las relaciones de don Luis de Requesens (27) y del propio don Juan de Austria (28).

Las apreciaciones divergen, en cambio, cuando tocan al resto de las embarcaciones, que don Luis de Requesens hace llegar a 23 naves, don Juan de Austria a

24, Carrero Blanco a 76 y Rossel a 102 (29).

"Según el almirante Jurien de la Graviere, estas diferencias provienen de que algunos autores dan al conjunto de las galeras al servicio de la Liga, mientras que otros indican únicamente las que formaron en la jornada" (30).

En lo que concierne a la Armada turca, la mayoría de los cronistas dan las cifras de 286 galeras, amén de varias decenas de galeotas, fustas, bergantines y barcos menores. Puede afirmarse, en consecuencia, que aproximadamente era un tercio superior a la cristiana.

A la mayor cantidad de bajeles de la flota otomana, es necesario agregar el mayor número de combatientes, 120 mil contra 80 mil, lo que da 3 infieles por cada 2 cristianos. Al frente de los imbatibles tercios de Flandes, se levantan los aguerridos nombres de López de Figueroa y de Luis de Moncada.

La apreciable diferencia numérica de la flota otomana, en embarcaciones y contingente humano, queda contrarrestada por la inferioridad de su armamento. Al arcabuz y a la lanza cristiana oponían los turcos solamente el arco, la saeta y la cimitarra (*). Según Brandel, a bordo de las galeras turcas muchos soldados combatían todavía con arcos (31).

Cabe destacar con Angelucci, el importante papel que correspondió en Lepanto a la galeaza veneciana, un nuevo tipo de embarcación mediterránea. "Comparada con la galera, era una auténtica fortaleza armada de 50 cañones y dotada de espolón y de un tajamar afilado y resistente, que causaba verdaderos destrozos entre naves de menores proporciones. Con una dotación de 550 marinos y 200 soldados, e incluso más, podía considerarse como una nave capaz de tener a raya a una veintena de galeras" (32).

Sin embargo, con excepción de las 6 galeazas venecianas, en general, "las galeras españolas eran sin duda las mejor construidas, la mejor equipadas y las mejor mandadas", (33) afirma Walsch. Don Juan logra, no obstante, equilibrar las escuadras, reorganizando su composición y fortaleciendo las más débiles con refuerzos de infantería española e italiana. Desguarnecidas de soldados las galeras venecianas, don Juan tiene el valor

de embarcar a bordo de ellas a cuatro mil soldados, españoles e italianos, todos al servicio del Rey católico, afirma Brandel (34).

"El examen de los bajeles, la distribución en ellos de la infantería, la artillería, las armas y municiones, los víveres, el agua, todo se cuidó con el mayor esmero" (35), escribe el Marqués de Mulhacén, Carlos Ibáñez de Ibero.

IV

La poderosa armada de la Santa Liga, está en potencia de combate. Sólo resta designar al enviado de Dios que ha de guiarla.

El afamado nombre de Sebastián Veniero, el altivo e irritable dogo veneciano, no es grato a los oídos españoles. Marco Antonio Colonna, el astuto almirante de las galeras pontificias y gran condestable de Nápoles, es rechazado por los partidarios de la Serenísima República. Y el joven príncipe don Juan de Austria, pese a sus laureles de Granada y las Alpujarras, a su vez, es recusado por el Dux y por el Pontífice.

Nombres preclaros de la mar, no faltan. Ahí están, entre otros, Juan de Cardona, capitán general de las galeras de Sicilia, consejero de Estado y Virrey de Navarra. Sancho de Leiva, general de las galeras de Levante. Agostino Barbarigo, el opulento patricio veneciano inagotable proveedor de la escuadra del Dux. Juan Andrea Doria, de limpias y auténticas tradiciones navales, sobrino del perínclico "Rey del Mar", el gran almirante de los siglos XV y XVI. Y tantos más.

"La demora en la designación del jefe supremo —a juicio de Crame— entumece los músculos de los remeros" y corroe "las quillas de las naves ancladas en los puertos de (la) Italia meridional" (36).

El Santo Padre —sobre quien pesa la grave responsabilidad de la elección— acude a "la oración y a la penitencia". Busca en Dios la inspiración para el éxito de la magna empresa.

Tres días y tres noches consumen la resistencia física del Santo Padre, que humildemente prosternado permanece en mudo contacto con el Dios de las batallas.

Y al amanecer del cuarto día, S.S. Pío V, impasible y en silencio, sigue en oración y penitencia.

Luis Coloma, el docto jesuíta, en "Jeromín", la apasionante historia del joven Habsburgo, cuyo original autógrafo custodio con veneración y respeto, traza con letra menuda y clara, en uno de sus más emocionantes capítulos, la llamada "Oración del Pontífice".

"Parecía aquello —expresa— por lo estrecho y desamparado, una prisión: por lo escaso y extraño del mueblaje, con nada podía compararse, y por . . . lo macizo de sus muros y los restos que en ellos se veían de tapices arrancados, lujosas cornisas doradas y ricos artesonados de talla en el techo, parecía y éralo en efecto, el rincón de una suntuosa cámara . . . En el centro . . . levantábase un altar severísimo de oscuras maderas sin más imágenes ni adornos que un gran Cristo de tamaño natural, cuyos lívidos miembros se destacaban con imponente realismo sobre el sombrío fondo: caíale sobre el pecho la moribunda cabeza, y su mirada agonizante iba a fijarse en el que se postraba a sus pies con expresión dulcísima de dolor y misericordia. En el rincón opuesto había una de esas arcas talladas del siglo XV, . . . apoyado en la pared . . . un banquillo . . ., único asiento y único mueble que se veía en aquella singular estancia. Alumbrábase una gran lámpara de plata que ardía ante el altar, y a su reflejo dibujábanse vagamente los contornos de una extraña figura . . . sobre las heladas baldosas".

"Poco a poco comenzó a filtrarse la luz del alba . . . y entonces quedó perfectamente visible el solitario personaje: era un anciano de pronunciada nariz aguileña . . . y de tal manera enjuto y decrepito, que hubiérase podido decir de él lo que por aquel entonces decía Santa Teresa de San Pedro Alcántara: que parecía hecho de raíces de árboles. Envolvía-le una gran capa negra . . . Hallábase postrado ante el altar, apoyando unas veces en el suelo la calva frente, alzando otras hacia el Cristo los enjutos brazos con ímpetus de amor y de angustia, como niño atribulado que implora el auxilio de su padre; véasele entonces en la mano derecha un grueso anillo de oro con gran sello, que subía y bajaba siguiendo los

movimientos del dedo, como si estuviera ensartado en un enjuto sarmiento".

"Era ya día claro cuando el anciano abandonó al fin su humilde actitud y arregló un poco el desorden de su traje, que no era otro sino un hábito de religioso dominico, cuyos anchos pliegues hacían parecer aún más elevada su alta estatura. Dirigióse con paso firme a una puertecilla . . . casi oculta detrás del altar, y pasó por ella a la pieza contigua. Era ésta un suntuoso oratorio. Una sola imagen, verdadera maravilla del arte, había (en) el suntuoso altar . . .: la famosa Madonna de Fra Angélico, conocida con el nombre de "salus infirmorum". Al lado del Evangelio levantábase un rico dosel de paño de oro con cojines y reclinatorios de lo mismo; y alineados . . . otros cuatro reclinatorios de brocado, en los cuales oraban cuatro Prelados con blancos roquetes vestidos sobre las sotanas violáceas y estolas bordadas al cuello. Sobre la mesa del altar, espléndidamente iluminado, veíanse dispuestos todos los ornamentos necesarios para celebrar el santo sacrificio de la Misa".

"Al entrar el viejo en el oratorio, levantáronse los cuatro Prelados al mismo tiempo, inclinándose ante él profundamente: porque aquel anciano que momentos antes gemía como débil niño . . . ante la imagen de Cristo, era nada menos que el Vicario de éste en la Tierra: llamábase entonces en la cronología de los Pontífices romanos, Papa Pío V, y llámase hoy en el catálogo de los Santos, San Pío V".

"Arrodillóse el Papa bajo el dosel y hundió la arrugada frente entre las enjutas manos por largo espacio de tiempo; luego, a una señal suya, acercáronse los cuatro Prelados y comenzaron a vestirle los sagrados ornamentos para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Celebrólo el Papa con solemne pausa y devoción íntima y profunda, aunque nada revelaba al exterior las hondas emociones que pudiera sentir su alma. Mas al llegar al Evangelio de San Juan, sucedió una cosa extraña: comenzó a leerlo pausadamente, deteniéndose y marcando todas las palabras, como quien comprende y saborea su significación profunda, y de repente, con el rostro transfigurado y extraño y repentino temblor de todo el cuerpo y voz que no era la suya propia,

pronunció aquellas palabras: "Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes..." Detúvose un momento: volvió el rostro hacia la Virgen con la mirada perdida en el vacío como anegada en visiones celestiales, y repitió en tono de pregunta, humilde, sumiso, cariñoso, como de niño dócil que interroga a su madre: ¿Fuit homo misus a Deo, cui nomen erat Joannes? . . . Y con su voz propia ya, firme, resuelta, decidida, repitió por tercera vez: "Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes. . ." (37). "Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan".

Así finaliza Luis Coloma, el murciano ilustre, el cautivante relato que hemos extractado y reproducido de su genuino y fidedigno manuscrito.

Terminado el Santo Sacramento, Pío V cita a don Juan de Zúñiga y a los cardenales Francisco Pacheco y Granvela, delegados de España, así como a Miguel Suriano y Juan Soranzo, embajadores de Venecia, y con ánimo que no vacila, les anuncia la designación de don Juan de Austria como Generalísimo de la Santa Liga.

"Torcieron el gesto los venecianos; más el sagaz Granvela atajóles el único argumento que podían poner en contra diciendo él mismo:

— "Santísimo Padre. . . ¿A pesar de sus veinticuatro años. . . ?

"A lo cual respondió San Pío V con gran firmeza:

— "A pesar de sus veinticuatro años" (38).

Al día siguiente, sobre el arrugado y amarillento pergamino que le presenta el Cardenal Granvela, arzobispo de Malinas, con vigorosa y firme mano traza el bíblico nombre. Desde ese instante, don Juan de Austria queda unguado por el representante del Señor, Gran Almirante de la Santa Liga de la Cristiandad.

"El mágico latín del versículo de San Juan resuena dentro de la caracola misteriosa de la profecía. . . El incienso místico se llena de un nombre: Juan. . . (39). Y el viento y el mar reproducen el eco de su nombre evangélico: "Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan".

V

En 30 de noviembre de 1570, don Juan de Austria, el joven príncipe de 23 años, hijo del Emperador-Cruzado, Carlos V y de Bárbara Blomberg, la tosca alemana de Ratisbona, rubia y blanca, de ardorosa sangre y cadenciosa voz musical, llega a la Corte precedido de la fama de sus exitosas jornadas de Galera, Granada y las Alpujarras, "escalón por donde subió. . . a la cumbre de su gloria" (40).

Nacido en Ratisbona, en 1541, el 24 de febrero, día de San Matías, (41) corre por sus venas la altiva y temeraria sangre de las reales casas de Habsburgo y de Borgoña, de Aragón y de Castilla.

En las soledades de Villagarcía, ha sabido de la nobleza de Luis Méndez de Quijada, su ayo, y del incomparable afecto de doña Magdalena de Ulloa, Toledo, Osorio y Quiñones, su madrina.

Adolescente, se ha asomado una tarde a la empinada espiritualidad de Yuste y temeroso y apocado ha intuido la soberana grandeza de su padre, el emperador.

En 1559 ha recibido el real espaldarazo de su hermano el Rey Prudente. Ha crecido en las rígidas austeridades de la Corte, junto a Alejandro Farnesio el esclarecido hijo de Margarita de Parma, y junto al taciturno y enclenque don Carlos, el infortunado príncipe heredero.

En 1565 ha intentado, en jornadas de aventuras, acudir en socorro de los caballeros de Malta, permanentemente acosados por los infieles.

En 1568, nombrado Capitán General del Mediterráneo y del Adriático, ha dado muestras de sus extraordinarias condiciones de genio y gallardía.

En 1569, su firme resolución y audacia, se han impuesto en las ariscas serranías de las Alpujarras. Como en las memorables jornadas de sus antepasados los Reyes Católicos, la soliviantada morisma ha sido reducida y silenciada.

El nombre de don Juan es ya nombre de leyenda y de romances.

En 30 de noviembre de 1570, Felipe II, sin exordio ni preámbulo, escueta y sobriamente ha dicho a don Juan,

su hermano: "Presto habréis de volver a la escuadra". La imaginación de don Juan se inflama. Volver a la escuadra significa "realizar el ideal caballeresco de sus sueños" (42), y de los sueños imperiales de su padre. Significa poner en sus robustas manos la encendida antorcha de la fe. Significa asumir el almirantazgo de España en ruta de gloria y en vocación de cruzado. Volver a la escuadra significa navegar rumbo adelante, en incontenido miraje de eternidad y de grandeza.

Bien sabe don Juan que navegar no es abandonar las velas al ciego arbitrio de los vientos, sino templar y moderar la tela y el cordaje, encauzar las bordadas, soslayar con firmeza el fiero impulso de los elementos. Bien sabe don Juan que navegar es voluntad y señorío, salvaguardia y temple. Animo y designio, en la ruta trazada de antemano.

A las tres de la tarde del 6 de junio de 1571, don Juan abandona el palacio de Madrid. Cabalga hacia su glorioso destino. En Guadalajara le hospeda el duque del Infantado, jefe de la Casa de Mendoza. En Sigüenza, se detiene junto a "las pardas y onduladas cuevas" (43) castellanas y se recoge en el silencio venerable de sus claustros medievales.

A pasos de cruzado, recorre Arcos, Calatayud y Zaragoza, donde le acoge sobre su pedestal de plata la Virgen del Pilar, en medio de una "selva de cirios parpadeantes" (44). Don Juan reposa con alivio "sus enceguecidos ojos de luz y de polvo . . . sobre la llanura del Ebro" (45). En el recogido monasterio benedictino de Monserrat, los monjes negros le rinden pleitesía. Al igual que el emperador, su padre, en 1535, en vísperas de la campaña de Túnez implora el auxilio y el amparo de la dulce Virgen Morena.

El 16, Barcelona, le recibe con salvas de artillería de mar y tierra. Al finalizar el mes de junio, desde las alturas de Montjuich, cara al mar y a la luz de las estrellas y al tremolar de los vientos, divisa los fanales y la amada insignia de la "Real", su nave capitana, que en veloces singladuras le conduciría a la cima de la inmortalidad y de la fama.

Bajo su quilla se agitan las ansias imperiales de la España de los Austrias. "La quilla, arado; y el timón, esteva". "Y en la bitácora, la firmeza de llegar". Una

vez más, se paseará por los mares el señorío y el destino de cruzada de la España de Cisneros y de los Reyes Católicos.

El 20 de julio la flota leva ancla. El 26 en el golfo de Génova, los mástiles de los barcos cobran agilidad y movimiento "como las cañas en un estanque". La suntuosa mansión de los Dorias se engalana. Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, y Francisco María de la Rovere, heredero del duque de Urbino, le escoltan y le asisten. Y en las iglesias y los palacios, la ciudad luce el más llamativo de sus emblemas: la cruz roja de San Jorge sobre campo de plata.

El 9 de agosto arriba a Nápoles. Allí, en la iglesia de Santa Clara, le aguarda, suspendido junto al Evangelio, el estandarte azul de la Liga, y sobre el altar, el bastón de mando de puño y contera de oro, guarnecido de ricas pedrerías. El Cardenal Granvela, virrey de Nápoles, en solemne ceremonia, celebrada el 14 de agosto, le hace entrega de las preciadas insignias, bendecidas por las santas manos de Pío V. La nobleza y el pueblo le vitorean y le aclaman.

Al anochecer del 23 agosto, en el puerto de Mesina, las galeras pontificias y las del Dux de Venecia le dan la bienvenida. El 26, don Juan asume el supremo mando de la Santa Liga. En su honor se alzan arcos triunfales, se encienden luminarias y en las torres de los templos repican jubilosas las campanas. Ignorado, en silencio de emoción y esperanza, Miguel de Cervantes y Saavedra le ve "desfilas por sus calles . . . como un pedazo de la patria" (46a).

Después de la revista naval, el 10 de septiembre, en el buque almirante de la escuadra se celebra consejo de generales (46). Nada queda al azar. Todo se ha previsto y modelado con prudencia y con coraje. Las sabias sugerencias de García de Toledo presiden la gigantesca empresa. Don Juan fija "personal y cuidadosamente la orden de partida" y la posición de cada barco en la navegación y en el combate. "Las considero excelentes y se las recomiendo a los almirantes del futuro", manifiesta Julián de la Graviere, en su monumental tratado sobre la batalla de Lepanto.

Desde la fosa de San Juan, el 16, el generalísimo escribe a García de Tole-

do: "confío en Nuestro Señor que si encontramos al enemigo, nos ha de dar la victoria" (47).

VI

El Cardenal Odescalchi, legado pontificio, en nombre de S.S., entrega a don Juan de Austria el "lignum crucis" en relicario de plata y un "agnus dei" para cada tripulante. "No vaciléis en ir a la batalla, que la victoria os está prometida en el nombre de Dios", reza el mensaje pontificio.

El nuncio, vestido de rojo de los pies a la cabeza, proclama para todos los participantes de la expedición iguales perdones e iguales indulgencias que las que favorecieron a los cruzados que rescataron de los infieles el Santo Sepulcro.

"El generalísimo ayunó tres días; todos sus oficiales y hombres hicieron otro tanto", expresa Walsh. "Los relatos contemporáneos concuerdan en que ni uno solo de los 81.000 marinos y soldados dejaron de confesar y de recibir la Santa Comunión" (48).

Los días 15 y 16 de septiembre, la flota inicia sus singladuras hacia Tarento. Sobre la "Real" flamea el estandarte azul de nuestra Señora de Guadalupe. El azul del mar se corta con el "inmenso alfanje de velas blancas" (49).

El plan de marcha y de combate se ajusta milimétricamente a las prudentes y prolijas pautas de García de Toledo (50), considerado el más experto de los marinos de la época.

Divídese la Armada en cuatro escuadras, sin contar la de la vanguardia, integrada por ocho galeras, comandadas por el capitán general de la flota de Sicilia, Juan de Cardona, cuya misión era no sólo explorar el mar, avizorando al enemigo, sino también ocupar oportunamente su puesto en la contienda (51).

El grueso de la flota, repartido en cuatro escuadras, como queda dicho más arriba, se distribuye y se moviliza en perfecto y sincronizado orden. El ala derecha, integrada por cincuenta y dos galeras (52), enarbola como distintivo gallardetes de tafetán verde, en la punta de la pena. Su jefe es Juan Andrea Do-



Don Juan de Austria

ria, de familia de marinos aguerridos y esforzados, de la sangre del gran almirante del César Carlos V.

Al frente del ala izquierda, compuesta de cincuenta y dos galeras ostentando gallardetes de tafetán amarillo en las astas, está el acaudalado potentado de Venecia, Agustín Barbarigo (53).

Y al centro, en el cuerpo de batalla, sesenta y tres galeras que lucen sus gallardetes de tafetán azul en el calcés (54). La flor de la marina está allí presente. El generalísimo, don Juan de Austria, en la "Real". A su derecha, Marco Antonio Colonna, en la nave capitana del Pontífice. A su izquierda, Sebastián Veniero, en la capitana de Venecia. Y a la popa, la del Comendador de Castilla, don Luis de Requesens, su lugarteniente.

En oración y vigilia de combate, está don Juan. Le rodea lo más granado de sus capitanes: el conde de Priego, Rodrigo de Benavides, Luis de Córdoba, Rodrigo de Mendoza y tantos más que ilustran las casas principales de la nobleza española.

A retaguardia, navega la escuadra de socorro; treinta y una galeras (55) con gallardetes de tafetán blanco por divisa, al mando de don Alvaro de Bazán, futuro marqués de Santa Cruz y uno de los más destacados caudillos de la jornada de Lepanto (56).

Fuera de formación, veinticinco naves comandadas por César de Avalos, hermano del marqués de Pescara.

"Los setenta y seis buques ligeros (galeotas, fustas y otras unidades menores) se reparten entre las escuadras de galeras", según Carrera Blanco. "Durante la navegación y el combate han de estar a la disposición de los mandos subordinados, para actuar de estafetas principalmente y auxiliar a las galeras" (57).

En la avanzada, las seis galeazas venecianas con Francisco Fuodo, como jefe, repartidas dos a dos, en las tres escuadras de la batalla (58), "navegan a una milla por la proa y tienen por misión soportar el choque inicial y romper la línea de los turcos" (59).

El plan trazado se ha llevado a término en todos sus pormenores, con ejemplar comportamiento.

A la espera de noticias, en la rada de Corfú, impaciente, está la poderosa escuadra de la Santa Liga. Un oscuro y humilde pescador de Missolonghi anuncia el sorpresivo mensaje: ¡La flota turca está en Lepanto!

El 29, la escuadra zarpa rumbo a Gomenizza en las costas de Albania.

De rodillas, ante el Cristo quemado que pende a la cabecera de su lecho, está don Juan. De rodillas, ante el llamado "Cristo de las Batallas", arrebatado a los moros en Valencia por las robustas manos de don Luis Méndez de Quijada. De rodillas, ante el Cristo de su infancia en Villagarcía de Campos, don Juan da vuelta a todos los detalles, en su mente afiebrada por la espera. Tiene a Dios en su pensamiento, en su sangre y en su pecho. Un soplo de eternidad le alienta y le arrebatata.

Corfú, con sus homéricas rememoranzas de las guerras del Peloponeso, desaparece en las quietas lejanías. Las proas de los barcos hienden las azules aguas del golfo de Patras, en cuyas tierras circundantes, Triptolemo, el príncipe eleusino, hizo a los hombres el don inapreciable del trozo y del pan de cada día. Son los mares de la mitología y de la leyenda. Son las tierras de Epaminondas, Leonidas, Temístocles y Aquiles.

"En aquel angosto entrante del canal de Corinto —escribe Crame— por donde penetra el mar Jónico hasta el Atica del Parnaso y el Olimpo... hay un nombre desconocido" (60) que martillea el corazón del joven Habsburgo con latidos de presentimiento y de presagio: Lepanto.

En esas mismas aguas —en las cercanías del promontorio de Accio— dieciséis siglos atrás, Octavio Augusto y Marco Antonio, encadenado por la fatal belleza de Cleopatra —"el alma de Marco Antonio vivía en el cuerpo de la bienamada", escribe Plutarco— libraron el dos de septiembre del año 31 A. de C., la más grande batalla naval de la antigüedad clásica, que dio al Occidente el imperio del mundo.

Don Juan de Austria está en vela. Los remotos ejemplos de la historia caldean su imaginación de andante caballero cristiano.

En el amanecer del tres de octubre la flota abandona el seguro abrigo del fondeadero de Gomenitza. El 4 bordea la costa desde Santa Maura a Cefalonia, con la diminuta isla de Itaca cobijada en su acantilado sereno, "fragante aún del recuerdo de Penélope y de la fuerza indomable de Ulises" (61), donde las abejas depositan su miel y las ninfas tejen sus velos de púrpura "en sus telares de piedra".

El 5 fondea en Cefalonia, la mayor de las islas jónicas, donde le alcanza y hiere la heroica caída de Famagusta. Enardecidos los ánimos y desplegadas las velas, en la tarde del 6 zarpa hacia las Curzolaes, las románticas islas de los pescadores. Por el canal que forma con la costa, la flota cristiana se desliza y cierra la entrada del golfo de Lepanto.

La Armada de la Santa Liga permanece y queda en alerta de combate.

VII

El calendario gregoriano marca el luminoso domingo 7 de octubre de 1571, festividad del Santísimo Rosario y "fecha cumbre en los anales de la marina" (62). A las 2 de la mañana la flota cristiana leva anclas rumbo a Lepanto.

A la misma hora, la flota otomana favorecida por el poderoso viento del este abandona el golfo y cruza los pantanos de Misolonghi.

A la entrada del golfo, en la punta de Scroffa, que al día siguiente de la homérica jornada recibirá el expresivo nombre de "Cabo Sangriento", el piloto italiano destacado por el de Austria, vuelve y anuncia que la escuadra enemiga está a la vista.

"Las dos flotas que se buscaban, una a la otra, encontráronse de improviso el 7 de octubre, con la aurora —escribe Braudel— a la entrada del golfo de Lepanto, donde la flota cristiana logró inmediatamente (y fue un gran éxito táctico) embotellar a su adversaria" (63). "La verdad, no obstante, es que el mayor encuentro entre galeras de la historia (64), se produjo al sur de la isla de Oxia, a la entrada del golfo de Patras" (65). Los dos almirantes, Alí Bajá y don Juan de Austria, hasta ese instante desconocían cuán cerca habían estado el uno del otro, e ignoraban —engañados por falsos informes— el número exacto de naves que comandaba el contrario. Don Juan suponía que las 110 galeras de Uluch Alí, navegaban rumbo a Argel, y por su parte, Alí Bajá estaba cierto que 70 galeras, a lo menos, de Juan de Cardona y de don Alvaro de Bazán, se habían separado de la escuadra cristiana.

Animos vacilantes pretenden celebrar consejo de guerra. Don Juan les ataja con precisión y arrojo: "no es hora de consejo sino de combate".

"No cabe duda de que, en este caso, don Juan fue el instrumento del destino", expresa Braudel con razón (66). A bordo de una ligera embarcación, portando como única arma un crucifijo de hierro (67) en la mano, recorre, una a una, las filas de los barcos y, enfervorizado, alienta a sus tripulantes. Les recuerda que combaten por la fe y que las puertas del paraíso no se abren a los cobardes. "A mo-

rir hemos venido; a vencer si el cielo lo dispone".

Don Juan ordena cortar los espolones de los barcos para facilitar el abordaje y la acción de la artillería, "de modo que los cañones de proa puedan ser disparados de manera más eficaz" (68). Distribuye certeramente los cuatrocientos veteranos del regimiento de Cerdeña que mantiene a bordo. Ordena librar a los remeros cristianos de grillos y cadenas. Arcabuces y hachas de abordaje quedan en sus manos endurecidas por los remos. Con pena de muerte es sancionada la blasfemia. Todos llevan a Dios en el corazón, en la mente y en los labios. La penitencia y la eucaristía iluminan y encienden el espíritu de tripulantes y oficiales.

Don Juan, en la proa de la "Real" deslumbra con su coraza y su celada negra y plata. El Toisson de oro en el cuello y el "lignum crucis" (69), sobre el pecho. "El enviado de Dios" se prosterna, antes de entrar en el combate, al pie del crucifijo de talla de la catedral de Barcelona (70), clavado en el mástil más alto. A babor, Marco Antonio Colonna, la tiara papal y las llaves de San Pedro, sobre su coraza; a estribor, Sebastián Veniero, "el rudo y viejo lobo de mar" (71), de magnífico historial e indiscutibles virtudes militares. A popa, el Comendador de Castilla. Don Luis de Requesens en momento alguno se aparta del joven Habsburgo, en conformidad a estrictas y precisas instrucciones de Felipe II (73).

Un cañonazo en la "Real" y el izamiento del pabellón blanco en la entena de mesana, da la señal de la formación de combate. Son las 10.30 de la mañana. No es fácil la empresa. Cinco fatigosas horas de incesante remar en contra de los vientos agarrotaban los cansados brazos de los galeotes cristianos.

La hora del combate está próxima. Cada cual ocupa su puesto. Sincronizado y perfecto es el despliegue y en un todo se ajusta al plan acordado en Mesina.

Doscientas ocho galeras integran la Armada cristiana, sin contar varias decenas de embarcaciones menores. Las seis galeazas venecianas, con sus 264 po-

derosos cañones, navegan a la cabeza de la escuadra, dos a dos, al frente de cada una de sus alas. El centro obedece al serenísimo don Juan de Austria. A Doria el ala derecha, y a la izquierda a Barbarigo. La reserva a don Alvaro de Bazán.

La flota otomana, compuesta de doscientos ochenta y seis galeras, amén de otros bajeles y navíos, en un primer momento pretende imponer su propio plan de batalla. Empero, con pasmosa agilidad se adapta al plan de la flota cristiana. A la derecha, en la capitana de Alejandría, el rey de Negroponto, Mehmet Chaulak, apodado por los cristianos, Mahomet Sirocco, "hombre maduro y sesudo, valiente y experimentado al mismo tiempo" (74), con 54 galeras y 2 galeotas (75). A la izquierda, en la capitana de Argel, el temido pirata Uluch Alí, llamado "el tiñoso", prudente, valeroso y astuto" (76), magistralmente descrito por Cervantes en "El Quijote" (77), con 50 galeras y otras 34 embarcaciones (78). Y en el centro, al frente de 87 galeras y 8 buques diversos, en "La Sultana" el jefe supremo de la escuadra turca. Alí Bajá (79), "mozo arrogante, de más valor que prudencia, en todo el verdor de su juventud y de su privanza con Selim II" (80). Más atrás, en la reserva en la capitana de Constantinopla, Murat Dragut, al mando de 30 bajeles (81).

Era mediodía cuando "las armadas se juntaron a tiro de cañón", relatan las crónicas 82. "Un silencio solemne como el que se siente antes de la Consagración, en la misa", se extiende "por toda la armada", afirma Walsh 83. En el nombre de Dios se inicia la contienda. La cruz en lo alto. Inquietud de fe y eternidad en las almas. Quimera de azul, de mar y de infinito.

Con un disparo llama a combate "La Sultana" de Alí Bajá. Con otro, responde la "Real" de don Juan de Austria. Pero es Francisco Duodo quien desde su galeaza veneciana lanza el cañonazo inicial de la batalla y arranca de cuajo la mayor de las cinco farolas doradas que coronan la popa de la galera capitana de Alí Bajá.

"La armada del turco caminaba con viento próspero... ganando el sol... en este punto fue el mar quietado con tanta bonanza cuanta se puede desear, y fue forzado a amainar las velas la armada

enemiga y venir a remo viniendo más despacio", se lee en una detallada relación de la época 84. Empero, en ese mismo instante los vientos cambian de curso. El Supremo Hacedor sopla e hincha las velas de los barcos cristianos. "Y el sol, que al nacer, daba en el rostro a los nuestros, estando a más de la mitad del cielo cuando comenzó (la batalla) hería los ojos al contrario" 85, relata Fuenmayor y Pimentel, el apasionado biógrafo de Pío V, el Papa Santo —el humilde hijo de un humilde labrador de Bosco— "que del Vaticano hizo un monasterio" 86, y de quien piadosamente conservo un manuscrito nacido de su alma ascética y de su sarmentosa mano 87.

Resplandece el sol en el limpio y despejado cielo de los helenos y reverbera en las legendarias aguas del golfo de Patras, iluminando con sus destellos el azul estandarte de la Liga. Bordada sobre rico damasco refulge la imagen del Salvador crucificado. A sus pies, los blasones del pontífice, del rey de España y de Venecia, enlazados por simbólica cadena, de la que penden las armas del joven y gran Almirante de la flota cristiana.

VIII

Las dos escuadras están frente a frente, como dos arcos opuestos. En ambas la estrategia que preside su concepción fundamental es la misma: "sujetar con las alas y romper con el centro.

Don Juan, como medida preliminar, ordena a todas las fragatas y bergantines que "se alargasen al mar, lejos de la Armada, porque a ninguno le viniese esperanza de salvarse si no combatiendo morir o alcanzar la victoria" 88.

De las seis galeazas, cuatro están en su puesto de batalla. Las de los hermanos Bragadino, Ambrosio y Antonio, en la avanzada del ala izquierda cristiana; las de Andrea de Posaro y de Francisco Duodo, en la avanzada del ala central de don Juan de Austria. Las otras dos, las de Jacobo Guoro y Pedro Pisani, que encabezan el ala derecha de Andrea Doria, desdichadamente se marginan de la escuadra y del combate por las razones que expondremos mas adelante.

La galeaza de Duodo rompe el fuego. Las otras tres la siguen. El fuego certero de los 176 cañones 89 de las "fortale-

zas flotantes", siembra el desconcierto en las huestes de Mahoma. Pulverizada queda la mayor de las farolas de la nave capitana de Alí Bajá. Dos galeras turcas alcanzadas en sus cascos se hunden en minutos. Otras arden, hechas trizas. El empleo, por vez primera de la artillería integral, en la historia de la marina, da sus frutos.

Sin embargo, a nuestro juicio, algunos tratadistas valoran excesivamente la acción de las galeazas en la batalla de Lepanto. Así, Angelucci, quien en su obra "Barcos, ayer, hoy, mañana", llega a afirmar que si la jornada "terminó eficazmente para las armas cristianas debióse", a más del valor de los combatientes, al nuevo "tipo de embarcación mediterránea, la galeaza" 90.

Y así también, Barjot y Savant, quienes precisan que las "galeazas (que) entran en escena por vez primera en Lepanto... son buques más altos sobre el agua (más altaneros) que las galeras... que disponen de una potente artillería a proa y a las bandas... que les permite romper la línea de combate de las galeras adversarias y, después, en medio de éstas, "realizar espantosos estragos" 91.

Rota la línea de combate, sin orden, con cuantiosas pérdidas, la armada turca se rehace, se reagrupa y avanza forzada por el arrojado de su generalísimo. Atrás quedan las galeazas. Han cumplido ya su cometido. El ala derecha turca, comandada por Sirocco, es la primera en enfrentarse con el ala izquierda cristiana del impetuoso Barbarigo.

La capitana del virrey de Alejandría, seguida de otras galeras turcas, navegando a ras de la costa, logra infiltrarse en la flota cristiana y en rápida maniobra envolvente cercar por la popa a su astuto adversario. El proveedor del Dux resiste con coraje. Una nube de flechas envenenadas diezman su menguada tripulación. Las naves, "trincadas por los garfios de abordaje, forman un solo cuerpo". Barbarigo, espada en mano, lucha denodadamente y alienta a los suyos con su valeroso ejemplo. Giovanni Marino Contarini, su sobrino carnal, en la galera "Dios Padre en la Trinidad", y Miguel Quezada en "La Brava", caen sobre la retaguardia de Sirocco, "como una puerta que se cierra". Antonio de Canale en la "Capitana de Venecia", se despoja de

su coraza y a fieros golpes de mandoble consigue salvar la desesperada y angustiosa situación. Un arcabuzazo rinde la vida de Contarini. El noble Barbarigo sucumbe heroicamente en la defensa de su nave. Una flecha le atraviesa el ojo izquierdo 92 y por la "herida se le va la sangre a borbotones" 93. Pero a su vez, Sirocco, virrey de Alejandría "cae derribado por un golpe de pica" 94. El estandarte de San Marcos se iza en su nave capitana. Y la oportuna llegada de don Alvaro de Bazán y del propio don Juan de Austria, vencedores ya en el centro, consolidan la total derrota del ala derecha de la flota otomana, se consolida en forma tal, que ni una sola galera turca logra escapar. Sus naves arden, se van a pique o encallan en la costa; las que flotan, son presas de los cristianos.

No obstante, la contienda entre la cruz y la medialuna se decide en la lucha a muerte trabada en las dos naves capitanas del centro de ambas flotas contendientes: la "Real" y "La Sultana".

Desde la iniciación de la batalla los dos jefes de las dos más poderosas escuadras del siglo XVI, se han buscado afanosamente y se han enfrentado con enardecido empuje.

Entre todas las galeras, la "Real" del Gran Almirante "sobresale en ligereza y elegancia", afirma Solera 95. Construida en 1568 en Barcelona, no se escatimó ni la calidad de sus maderas ni el arte más consumado en sus decorados interiores y exteriores. Juan de Malara nos la presenta con todos sus detalles: con sus soberbias pinturas, con sus esculturas y relieves, con sus leyendas y estandartes, con su espolón luciendo las armas reales, "guarnecidas de festones" y frisos mitológicos.

En la "Real" de Su Alteza, en vigilia de combate, velan cuatrocientos arcabuceros bajo el mando de los más ilustres capitanes.

Por su parte, "La Sultana", comandada por el joven y ambicioso Alí Bajá, no le queda a la zaga, con sus quinientos genízaros. Escasos minutos después de haber trabado combate el rey de Negroponto con el proveedor de Venecia, el generalísimo turco cae sobre don Juan de Austria "con todo el ímpetu de su odio, de su furor, de su deseo de gloria" 96. situación pues, abrumado por tantos ene-

A medio cuerpo de la "Real", "La Sultana" lanza tres cañonazos: uno lleva las arrumbadas y hiere y mata a algunos remeros; otro, pasa el esquife en claro; el tercero, por encima del fogón. La "Real" dispara, a su vez, sobre la nave turca, "barriendo con sus fuegos su popa y la crujía" 97. Con ímpetu incontenible, con terrible fiereza, espolón contra espolón, se hieren, se incrustan y se ensamblan.

"Trabóse la batalla más reñida" 98, que jamás se ha visto, relatan las crónicas. "La Sultana", escoltada por siete galeras y galeotas de las principales, acusa a la "Real", que navega resguardada a babor y estribor por las capitanas de S.S. y de Venecia, y a la popa por la patrona de España y la capitana del Comendador Mayor de Castilla.

Con fiero empuje embiste "La Sultana" y su espolón penetra en la "Real" "hasta el cuarto banco de remeros". "Como dos gladiadores —relata Coloma— se asen y se estrechan" 99. Ya no pueden desasirse. Acopladas las dos galeras, se convierten en "un solo campo de batalla". Los intrépidos tercios de España, por dos veces llegan hasta el palo mayor de la capitana de Alí, y otras tantas se ven obligados a retroceder, disputando "palmo a palmo, pulgada a pulgada, aquellas frágiles tablas, en las que no había escape, ni ayuda, ni esperanza de compasión, ni más salida que la muerte" 100.

Repelido el abordaje de los cristianos, Alí desde su nave, de más alto bordo que la "Real", cae sobre ella como "catarata que se despeña desde lo alto" 101. Don Juan abandona el estanterol, espada en mano. Le rodean sus más osados y valerosos capitanes. La lucha es desigual y sin cuartel. Numerosas galeras otomanas cercan a la "Real" despiadadamente. Y don Alvaro de Bazán que velozmente se desplaza en su socorro, echa a pique de una andanada una de las galeras turcas que asediaban a la galera del almirante. Enseguida, lanza los garfios de abordaje sobre otra, con tal ánimo, que en pocos minutos pasa a cuchillo a toda la dotación de infieles. Sin pérdida de tiempo, refuerza con dos centenares de combatientes de refresco la nave de don Juan, superando así su penosa

situación pues, abrumado por tantos enemigos, ya no sabía como salir del atolladero 102.

El refuerzo es oportuno y decisivo.

Hacia una hora que se peleaba en la "Real" sin conocerse victoria... La defensa de su proa estaba a cargo del arrojado maestro de campo don Lope de Figueroa, Bernardino de Cárdenas y Miguel de Moncada, ardorosamente le segundán... Don Pedro de Zapata, de la cámara del señor Don Juan, vigilante, resguarda el fogón. Don Luis Carrillo, el esquife. Y en el estanterol, con inigualada bravura, el príncipe don Juan, el conde de Priego, Luis de Córdoba, Rodrigo de Benavides, Juan de Guzmán, Felipe de Heredia, René Díaz de Mendoza y Juan de Soto. Don Luis de Requesens, alerta siempre, "a ratos con el estandarte y a ratos con el señor Don Juan" 103.

"Al cabo de hora y media que se combatía fue Dios servido dar la victoria a la "Real" de S.M...." 104. En el centro o cuerpo de batalla, la lucha agoniza. Alí Bajá, en su galera, rodeado de sus genízaros, cae mortalmente herido. Su cabeza esalzada como "sangriento despojo, ensartada en la punta de una lanza" 105. Abatidos están los estandartes de "La Sultana". En lo más alto, la cruz de los cristianos.

Como bravo ha combatido don Juan que milagrosamente sólo sufre una leve herida en un tobillo. Como bravos, sus intrépidos capitanes. Como bravo, Marco Antonio Colonna, que con ejemplar pericia y heroísmo, tras de vencer la capitana de Pertev Bajá, alcanza el costado de "La Sultana" y "barre su puente con fuego de mosquetería" 106. Como bravo, pese a sus años, el almirante y dogo veneciano Sebastián Veniero. Como bravo, don Luis de Requesens, comendador mayor de Castilla 107. Como bravo, Alejandro Farnesio que acredita que corre por sus venas la sangre imperial de Carlos V, y del cual conservo la más emotiva de sus cartas dando a conocer la muerte de su madre, Margarita de Parma, la hija natural de Carlos V 108.

Y como bravo, el más grande marino español de su tiempo 109, don Alvaro de Bazán, que después de socorrer el ala izquierda, afirmando la vacilante posición

de Barbarigo, fieramente acosado por Mahomet Sirocco, a fuerza de remos acude, como ya hemos expresado, en auxilio de la "Real".

El señor don Juan mandó gritar la victoria y por consiguiente lo hicieron las demás galeras. . . ¹¹⁰.

A la misma hora, el Santo Padre en Roma, eleva su vista al firmamento, como el ave y la nube y la estrella. Estaba en su cámara departiendo "en paso lento", sobre negocios de importancia, con monseñor Bartolomé Brussoti de Bibiena, su tesorero general. Súbitamente se detiene, se separa de su interlocutor, abre una ventana y mira al cielo como atónito. "Cerróla de allí a poco, y dixo al tesoro: Andad con Dios: no es tiempo de negocios, sino de dar gracias a Jesucristo, porque nuestra armada venció a este punto. Ibase, y volviendo la cabeza vio al Pontífice postrado delante de un crucifijo que tenía siempre donde estaba, y por eso le pintan con él en las manos. Por parecerle caso grave, en que se disminuiría la autoridad de Pío a no ser cierto, lo disimuló, como hombre cuerdo, notando sólo por escrito el día y hora, que averiguó ser el mismo en que los nuestros apellidaron victoria" ¹¹¹.

Pese a todo, la escuadra del centro, nervio, corazón y cerebro del combate, aunque triunfante, no se duerme en sus laureles y presurosa acude en socorro de la nave capitana de Malta. La refuerzan don Juan de Cardona y don Alvaro de Bazán que con su heroica y serena firmeza acredita el honroso título de Marqués de Santa Cruz ¹¹².

La flota cristiana ha salido airosa en el centro y en su ala izquierda comandada por Barbarigo.

En cuanto al ala derecha, Doria, con una escuadra muy inferior a la de su adversario, el avezado Uluch Alí, alarga su línea en demasía, descubriendo peligrosamente el centro, brecha por la cual en rápida maniobra penetra el turco y arrasa con los dos extremos descubiertos del cristiano. Todos perecen en la capitana de Malta, salvo un español, rotas ambas piernas; un italiano con un "brazo separado de un hachazo" y Fra Pietro Justiniani, Prior de Mesina que yace atravesado por cinco flechas. En la capitana de Sicilia, de quinientos tripulantes sólo sobreviven cincuenta. En la "Piamontesa

de Saboya", junto a su comandante, sucumben todos sus soldados y remeros. Y así en innumerables más.

En otra galera, que la historia recoge con el nombre de "La Marquesa", y que "manda sin más grados que su arrogancia, se desangra por dos heridas en el pecho y otra en la izquierda mano el más ingenioso de los hidalgos, don Miguel de Cervantes Saavedra" ¹¹³.

"Enfermo de calentura, rechaza indignado el consejo de sus camaradas" de permanecer en la parte inferior de la nave —según refiere uno de sus biógrafos más prestigiosos— y solicita con firmeza que le destinen al punto de mayor peligro, ya que prefiere "morir por su Dios y por su rey a quedarse bajo cubierta" ¹¹⁴. Y el glorioso "manco de Lepanto", al precio del martirio heroico de su mano izquierda ¹¹⁵, preserva su derecha para el monumental enaltecimiento de las letras españolas.

El arribo de don Juan y de don Alvaro de Bazán, convierten el desastre en victoria. Se reconquista la capitana de Malta y se reagrupan las menguadas fuerzas de Doria. Empero, el astuto virrey de Argel logra salvar cuarenta bajeles que ni los esfuerzos combinados de don Juan, del marqués de Santa Cruz y del propio Doria consiguen detener. A la desesperada, huye a Santa Maura, las velas al viento, su propia mano en el timón, y con la cimitarra en la garganta de los remeros. Por algo era considerado uno de los más hábiles y audaces marinos del Mediterráneo.

El postrero y fervoroso sueño de conquista del Islam, encuentra en Lepanto su tumba definitiva. En las antes azules y ahora rojas aguas de su golfo, yacen sepultadas 90 galeras y 178 en poder de los cristianos.

Como en el poema de García Lorca, eran entonces "las cinco en punto de la tarde".

El Gran Almirante, con previsión y prudencia suma, ordena a la flota cristiana fondear en Petala, colocándola a seguro resguardo, frente al temporal de mar y viento que se aproxima.

La magna empresa, gloriosamente ha llegado a su término. "Las aguas y el cielo se tiñen de un rojo resplandor de apoteosis" ¹¹⁶.

Para apreciar el significado de Lepanto, se hace indispensable, como lo aconseja Braudel, fijar la atención en cuanto precede a la victoria "que viene a poner fin a un estado de cosas lamentable, a un verdadero complejo de inferioridad por parte de la cristiandad y (a) una primacía no menos verdadera por parte de los turcos". "La victoria cristiana cierra el paso, según el erudito historiador, a un porvenir que se anunciaba muy próximo y muy sombrío" ¹¹⁶.

Es verdad, como afirma Fuller, que la batalla de Lepanto no quiebra el espinazo de los turcos; que no consigue la recuperación de Chipre ni conduce al dominio del Mediterráneo por España. Pero, es también verdad, como lo sostiene el propio Fuller, "que desde un punto de vista moral, fue decisiva, porque al eliminar el ambiente de terror que venía dominando a la Europa oriental y central desde 1453, hizo evidente en todo el mundo cristiano que los turcos no eran invencibles".

"A partir de entonces —agrega el experto historiador— los otomanos no volvieron a recuperar el prestigio de los tiempos de Solimán "el Magnífico". "El reinado de éste marcó la cúspide del poderío turco, siendo precisamente la batalla de Lepanto la que rompió la base fabulosa sobre la que descansaba ¹¹⁷.

En Lepanto el empuje turco se detiene definitivamente, sostiene con razón el prestigioso catedrático Gervasio de Artiñano ¹¹⁸. El avieso propósito de Mohamed II de utilizar como establo para su caballería, la basílica de San Pedro en Roma, se hunde para siempre en la profundidad de las aguas de Lepanto.

No es de extrañar, por lo mismo, que la relación circunstanciada de todas las fases del mayor encuentro entre "galeras de la historia" ¹¹⁹, haya quedado, para honra de la Humanidad, ilustrado en millares de impresos y manuscritos.

Y no en vano cierra Lepanto un período de más de dos mil años, de campañas navales libradas a base de navíos a remo, desde la trirreme griega del siglo V antes de C., hasta la galera mediterránea del siglo XVI.

IX

La noticia de "la mayor victoria que cristianos hayan tenido jamás en la mar"

¹²⁰, como la denomina García de Toledo en carta a Requesens, se extiende alborozada por todo el mundo cristiano.

Las olas y los vientos esparcen por mares y continentes la buena nueva. Se adentra en las soledades majestuosas de El Escorial y se aposenta en las empinadas almenas de Villagarcía. Recorre las "logias" del Vaticano y los floridos serrallos de Constantinopla.

¡La cristiandad está a salvo!

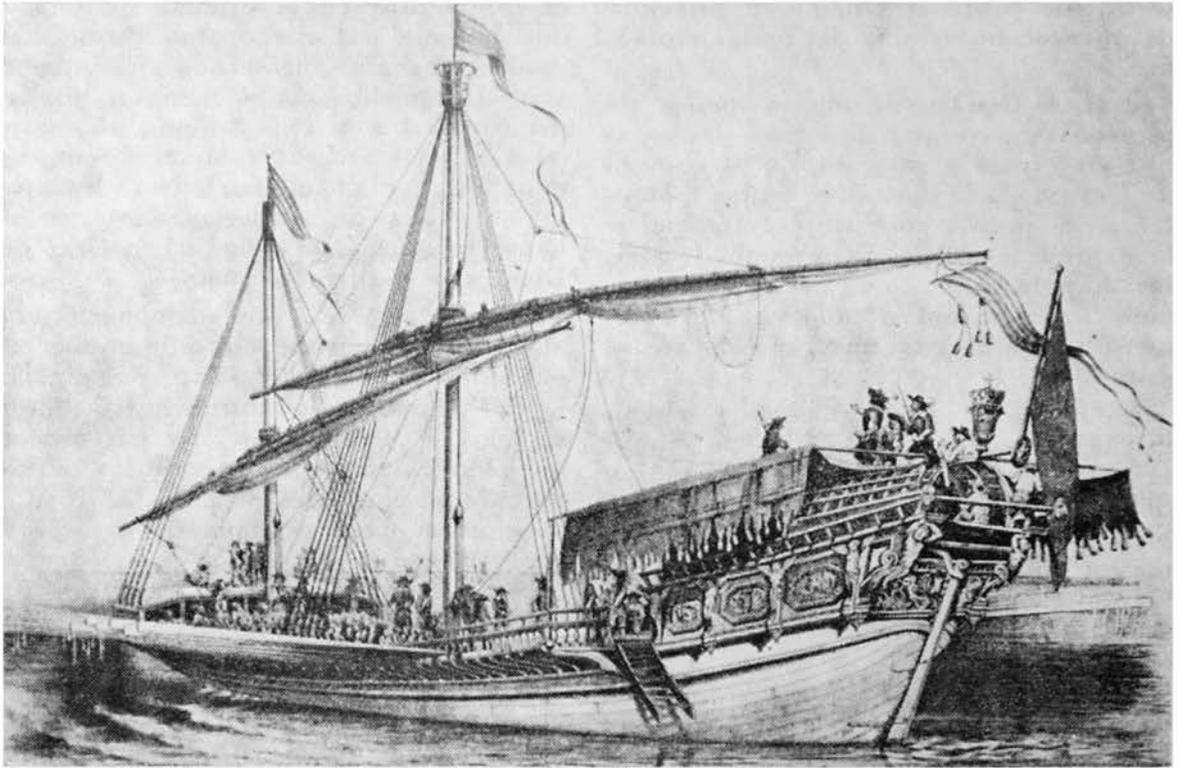
La noticia llega a España por conducto de la embajada de Venecia, con antelación al arribo de don Lope de Figueroa, enviado oficial de don Juan. Felipe II reza en su capilla. Es la víspera de Todos los Santos, recogido y embelesado escucha el solemne canto de los monjes. El palaciego, portador de la gran nueva, agitado y jadeante la da a conocer al austero monarca. "Su imperturbabilidad ante el triunfo o la derrota" ¹²¹, de la que nos habla Mattingly, le lleva a responder con serena compostura: "Sosegaos, venid al coro y allí hablaremos mejor". Ora profundamente y sólo entonces comunica al pueblo y a la Corte el gran triunfo de España y de la Santa Liga, ordena un solemne Te Deum en acción de gracias y escribe a don Juan, su hermano: "a vuestra merced, después de Dios, expreso mi reconocimiento ¹²².

En Roma, Pío V de rodillas da gracias al Altísimo; alborozado, recibe a embajadores y cardenales. El pueblo se suma a su alegría "con salvas y fogatas de regocijo" ¹²³. El Santo Padre intercala en la letanía lauretana la invocación "Auxilium christianorum" ¹²⁴. Y destina el 7 de octubre como día consagrado a la conmemoración de nuestra Señora de la Victoria. Años más tarde, Gregorio XIII, su sucesor, establecerá y fijará la fiesta del Santo Rosario en la primera dominica de octubre ¹²⁵.

Ciudades y naciones se disputan la palma de los agasajos y manifestaciones de alegría.

El genio de los artistas, poetas y escritores, alza el más majestuoso de sus vuelos. En el mármol y en el bronce, en el hierro y en la piedra, la gesta adquiere aires de eternidad.

Jubilosos resplandecen los pinceles de Tiziano y Tintoretto, del Veronés y de Cagliari.



Pedazo de estandarte de Don Juan de Austria en Lepanto. El trozo de tela mide 5,5 11 cms. y consta la fecha en que fue cortado. El dibujo que enmarca esta reliquia histórica es de la mano del coronel español Buenaga. El original se conserva en el archivo de Don Sergio Fernández Larraín.

Encabeza los tercios de la pluma, un obscuro soldado de la Compañía de Diego de Urbina, del Tercio de Moncada, "quien con propio valor y airado pecho tuvo, aunque humilde, parte en la victoria" 126.

Le sigue Lope de Vega, a quien Cervantes llama "monstruo de la naturaleza" por su pasmosa fecundidad 127.

Y don Alonso de Ercilla y Zúñiga, el capitán-poeta, acá en Chile en "La Araucana". "La descripción de la batalla, que llena un canto entero, el XXIV, está hecho con la robustez y el fiero ímpetu bélico que tienen casi siempre los versos" 128 del padre de nuestras voces.

Rufo Gutiérrez, el cordobés, compone "La Austriada". Gerónimo Real le dedica uno de sus mejores poemas. Ambrosio Morales la ensalza y la describe.

"Pero toda poesía popular o erudita, de las que nacieron al calor de aquella jornada venturosa, enmudece y se postra ante el himno triunfador que la mano del divino Herrera arrancó del arpa de los

profetas para solemnizar, cual cristiano Simónides, aquella nueva Salamina". "Esta canción —manifiesta el insigne Menéndez Pelayo— es uno de los mayores timbres de nuestra poesía lírica, y nada debe a la imitación clásica". "La vena opulenta y magnífica que en ella corre, baja en derecho de las cumbres de Sión... Y convierte al poeta no ya en eco sonoro de su pueblo, sino de la cristiandad entera" 129.

Fernando de Herrera, "con bíblico aliento" lanza al cielo aquel *Te Deum* jubiloso que es su oda triunfal 130:

"Cantemos al señor, que en la llanura venció del ancho mar el trance fiero; tú, Dios de las batallas, tú eres diestra, salud y gloria nuestra" 131.

"Los poetas de otras naciones, no quedan a la zaga. Ya en latín, ya en sus respectivas lenguas vulgares, ensalzaron aquella grande empresa naval que por sus consecuencias no fue española ni veneciana tan sólo —agrega el santanderino ilustre— sino decisiva ventaja del

Occidente sobre el Oriente, y principio del menoscabo y ruina del poder otomano" ¹³².

Toda la tierra se puebla de poesías, de canciones guerreras y de salmos. De espadas, de cruces y rosarios. En el nombre de Dios vuela la nueva: en valles y montañas, en mares, continentes y ciudades. la naturaleza estalla en armonía y colores: hay un romance en cada flor de espino, una canción en cada voz del campo. Y una gran cruz en el cielo y en los astros.

La Humanidad entera canta y magnifica la gloria de la Santa Liga de Pío V, su artífice supremo; del rey de España y de los grandes capitanes de la magna empresa. Pero en el jubiloso batir de palmas y laureles, ocupa lugar descollante y primerísimo don Juan de Austria. Sin duda alguna es el héroe máximo de la epopeya.

San Pedro Canisic, en Innsbruck, en presencia del archiduque Fernando, destaca en su célebre sermón eucarístico de acción de gracias por la gran jornada, que el vencedor de Lepanto fue un Habsburgo, que con la cruz en la mano el día de la batalla inflamó a sus huestes en vivos deseos de luchar por Cristo ¹³³.

"Don Juan de Austria es acaso el héroe más puro de la historia de España" ¹³⁴, escribe Lorenzo Riber.

"Sin don Juan de Austria y sin los soldados españoles —manifiesta en 1888 el vicealmirante Jurien de la Graviere— nunca hubiera victoria de Lepanto".

"Pareció —expresa otro prestigioso marino— que halló albergue en su pecho el alma heroica y juvenil de Alejandro de Macedonia".

"Don Juan de Austria fue el héroe de la epopeya, afirma José López de Toro, en su macizo ensayo sobre "Los poetas de Lepanto". "Su simpatía personal, su porte elegante, su ascendencia imperial, su predestinación para hacer al mismo tiempo el faro y el enigma del siglo XVI, lo remontaron de tal manera a la cúspide de la gloria y de la celebridad, que es difícil hallar héroe que lo supere en homenajes literarios... tanto en prosa como en verso" ¹³⁵.

Es tal vez, por esta misma razón, que abraza mi espíritu una honda y aguda emoción cada vez que a solas en mi ar-

chivo, recorro en el original autógrafo de "Jeromín", la apasionante historia del joven Habsburgo, arrancada a la crónica viva de aquellos viejos tiempos, por la mano maestra de Luis Coloma, su autor, quien en dos gruesos volúmenes, con diminuta pero clarísima letra, traza las que- mantes etapas de la apasionada y apasionante existencia de aquel "enviado de Dios" que se llamaba Juan ¹³⁶.

Y es tal vez que por análogo motivo, ahonda en lo más recóndito de mi ser, mi encendido entusiasmo por el paladín de la cristiandad, en su firme lucha contra el infiel, cuando palpo con mis manos un pequeño trozo de uno de los tantos estandartes que flamearon en la "Real", la gloriosa nave capitana de don Juan en las aguas de Lepanto ¹³⁷.

Y es tal vez, por idéntica razón, que mi alma se agita conmovida, cuando mis ojos cansados se posan sobre una carta brotada de su mente y de su mano, preciosa reliquia que preside y señorea algunos de mis más viejos y añosos pergaminos. Aparece suscrita en Beaumont, "cuando el aire de las llanuras flamencas huele a pólvora" ¹³⁸, y horas antes de recibir la noticia que "ensombrece a Madrid y a España entera" ¹³⁹ del alevoso asesinato de Escobedo ¹⁴⁰, su secretario y amigo. Minado ya su cuerpo por "el trabajo, las preocupaciones y el rigor del clima", y su espíritu por la ingratitud, la intriga y los desdenes, con firme entereza se dirige, no obstante, a sólo cinco meses de su muerte, a sus vasallos de Gravelinas, conminándolos a permanecer fieles a su monarca y a la fe religiosa de sus mayores. La voluntad siempre la misma: Dios y el rey, obediencia y señorío, espada y corazón hasta el final.

Perdonadme, señoras y señores, estas evocaciones y recuerdos. Pero ellos vivifican y exaltan a diario mi espíritu en las horas de inquietud y desaliento que vivimos.

Nuestro siglo, al igual que el XVI, se enfrenta a la barbarie y al paganismo. La tradición y la espiritualidad yacen arrinconadas y escarnecidas. Como el siglo XVI, el nuestro está en crisis y desesperanza. Lo transitorio y lo fugaz nos desgastan sin provecho.

No podemos ni debemos nosotros, hijos y herederos de la España de Carlos

V y Felipe II, de don Juan de Austria y de Lepanto, olvidar hoy la lección imperial de ayer. Si nuestro siglo navega a la deriva, sin que las naciones avizoren el rumbo de la paz y sin que los hombres encuentren su propio y personal camino de seguridad interior, es porque el progreso científico y el bienestar técnico han desoído las voces tranquilas del pensamiento y de la moral cristianas. El mal no está en el progreso, sino en que el hombre se convierta en su esclavo y no atine a ejercer su libertad. Cuando la mansión del hombre y el corazón del hombre se llenan de necesidades inventadas, sin dejar sitio a Dios, la conciencia humana siente el vacío tremendo que sentiría el mar si se le despojara de sus aguas. Y cuando los pueblos viven en pos de mayores ambiciones materiales, de más enconada y soberbia emulación—olvidando a Dios como roca fundamental de la historia— se asemejan a las estrellas que pretendiesen brillar por sí mismas. Entonces se hace la noche en la Tierra, la noche sobre el hombre y su destino.

Sin Dios, avanza el hombre por fuera y retrocede por dentro. Sólo con Dios el progreso se nutre con raíces de eternidad.

Excmo. señor Embajador de la Patria de nuestra Patria:

Para gloria de España, alumbradora de rumbos y fundadora de pueblos, a la que debemos el privilegio de poder repetir a diario las palabras que habrán de ser eternas, de la Salve, del Credo y del Rosario; la Salve de San Pedro de Mezonzo, el Credo de Osio de Córdoba, el Rosario de Santo Domingo de Guzmán, para su gloria imperecedera, repito, la cristiandad fue salvada en Lepanto en 1571, como en 1212 lo fue en las Navas de Tolosa.

El supremo artífice de la más grande jornada "que vieron los siglos" al sabio decir del glorioso "Manco de Lepanto", don Juan de Austria, brazo de Dios, excelstitud de la raza, príncipe gallardo de las reales casas de los Habsburgo y de Castilla, vencedor de los moros en Granada y las Alpujarras, que abatió victorioso el soberbio poderío de la flota otomana, que doblegó en Flandes la rebelión protestante de Orange, "El Taciturno"; que encendió el corazón y el deseo

de María de Mendoza, en Madrid; de Diana de Falangola¹⁴¹, en Nápoles; de Fátima, la sobrina del Sultán, en Constantinopla; de María Stuardo "en su cárcel de brumas", en Escocia; de reinas y princesas, descansa en paz en su sepulcro de El Escorial, "el alma llena de azul de cielo", pero aislado de su augusto padre y del imperio, las manos cruzadas sobre el pecho, al centro la imbatible espada, inmortalizado por el genio del artista en el frío y blanco mármol de Carrara.

En la inconmensurable lejanía del espacio, a cuatrocientos años de distancia de "la mayor victoria jamás alcanzada por las armas cristianas", al decir de Campegio¹⁴², y de "la mayor batalla naval que recuerdan los nacidos"¹⁴³, según Pastor, acá, en Chile, la más austral y remota de las tierras descubiertas y evangelizadas por Castilla, a través del más modesto de sus hijos, pero prestigiado por la honrosa presencia de los altos jefes de su gloriosa Marina, le rinde en ardimiento, en tesón y en esperanza, el más hondo homenaje de su reconocimiento y de su espíritu, anudando, cara al mar y al infinito, con ligaduras de eternidad a todos los vástagos y herederos de la madre ubérrima, de sandalias misioneras, velas henchidas por el soplo de Dios y la cruz en lo más alto de sus mástiles.

* * *

NOTAS :

1.— A juicio de Menéndez Pelayo, "enardecido en Torcuato Tasso, el entusiasmo que en su cristiano espíritu produjo el triunfo de Lepanto, cobró nuevos bríos para proseguir y terminar su "Jerusalén Libertada", que en cierto sentido ideal puede llamarse la epopeya de la Santa Liga". Cf. Edición nacional de las obras completas de Menéndez Pelayo. Vol. XXXIV. Santander, Aldus, S. A. de Artes Gráficas. MCMXLIV. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. "Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega". Vol. VI, pág. 116.

2.— Cervantes Saavedra, Miguel de: "El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha". Segunda parte. "Prólogo al lector".

3.— Menéndez Pelayo, Marcelino: "Op. cit." Edic. cit. "Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega". Vol. VI pág. 113.

4.— Cervantes Saavedra, Miguel de: *Idem*. Cf. además, "Novelas ejemplares", "Prólogo", al presentar su autorretrato.

5.— El actual buque-escuela "Esmeralda", ex "Juan de Austria", fue adquirido por ley

Nº 10.233 de 27 de diciembre de 1951 y recibido oficialmente en los "Astilleros Bazán" de Cádiz, el 15 de junio de 1954, siendo Embajador de Chile en España don Oscar Salas Letelier. El buque-escuela llegó a Chile en septiembre del mismo año. Cf. Fuenzalida Bade, Rodrigo: "Los buques que ha operado la Armada de Chile a través de su Historia". "Revista de Marina". Septiembre-Octubre, 1967. Nº 660, vol. 83, Nº 5, pág. 698.

6.— Ludwig, Emil: "El Mediterráneo el mar que dio origen a una Civilización". Compañía General Fabril Editora. B. Aires, 1960, pág. 346.

7.— Pastor, Ludovico: "Historia de los Papas desde fines de la Edad Media en la época del Renacimiento y de la Reforma, desde la elección de León X hasta la muerte de Clemente VII". Versión de la 4ª edición alemana por el R.P. Ramón Ruiz Amado, S.J. Tomo IV. Vol. IX. "Adriano VI y Clemente VII", (1522-1534). Segunda edición corregida. Editorial Gustavo Gili, S.A. Barcelona, MCMLII, pág. 183.

8.— Sanutto, Marino: XXXIV, 28.

9.— Carta de Carlos V a los del "Consejo, Justicia, Regidores, Cavalleros, Escuderos, Oficiales e omes buenos de Loxa y Albama y Alcalá la Real", fechada en Granada, a 29 de noviembre de 1526. Original en el archivo del autor.

10.— Ontiveros y Herrera, Eduardo G.: "La política norteafricana de Carlos I". Memoria presentada en la Escuela Diplomática. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto de Estudios Africanos. Madrid, 1950. pág. 13.

11.— Sandoval, Prudencio de: "Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V". Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1956, Tomo III, pág. 112.

12.— Alarcón sobre este particular escribe: "Quince años y medio después (de su muerte) en febrero de 1574 verificóse su traslación a El Escorial en la (primitiva) caja de plomo, revestida de otra nueva que se construyó al intento, quedando en la bóveda de Yuste, como recuerdo, la caja de castaño". Cf. "Una visita al Monasterio de Yuste", por don Pedro Antonio de Alarcón, 1873.

En cuanto a la apreciada reliquia del ataúd del emperador, que conservo, la debo a la cortesía del Superior de los Gerónimos de Yuste, 1960.

13.— Jacobo II, rey de Chipre, contrae matrimonio con la ilustre dama veneciana Catalina Cornaro (1454-1510). Al fallecimiento de Jacobo, Catalina Cornaro ejerce la regencia en nombre de su hijo. Más tarde, en 1489 cede sus derechos a la República de Venecia, su patria de origen.

En 1191 Chipre había sido conquistada por Ricardo Corazón de León.

14.— Nicosia, la capital de Chipre, capitula el 9 de septiembre de 1570, y los turcos al quebrantar su convenio con los sitiados, degüellan veinte mil chipriotas. Cf. Pastor, Ludovico: Op. cit., T. VIII. Vol. XVIII. Edic. cit. MCMXXXI, pág. 334.

15.— Famagusta heroicamente defendida por el noble Marco Antonio Bragadino, cae en poder de los infieles, a 1º de agosto de 1571.

16.— Miguel Chsileri, Pío V, nace en Bosco, 1504. Ingresa a la orden dominicana. Obispo, cardenal e inquisidor general. Su pontificado se extiende desde 1566 a 1572. Fallece el 1º de mayo de 1572. Es elevado a los altares por Clemente XI en 1712.

17.— Marco Antonio Colonna es enviado por S.S. Pío V en misión especial a Venecia, ante el temor que la Serenísima República pactare con el turco. Su firme y apasionada defensa de la constitución de la Liga, logra pleno éxito, abriendo definitivo camino a la firma del tratado.

18.— Perdida Rodas, en 29 de agosto de 1521, los caballeros de San Juan se instalan en la isla de Malta, por generosa concesión del Emperador Carlos V. En 1565, encabezados por su gran maestro Iván Parisot de la Valette, rechazan el terrible asedio de los turcos. Venecia se margina de la contienda, no así España que le presta su valiosa ayuda.

19.— Fuenmayor y Pimentel, Antonio de: "Vida y hechos de Pío V". Madrid, 1953, Aldus S.A. Artes Gráficas, pág. 219.

20.— Fuenmayor y Pimentel, Antonio de: Op. cit., págs. 220-221.

21.— Fuenmayor y Pimentel, Antonio de: Op. cit. Prólogo de Lorenzo Riber, pág. XXI.

22.— Rosell, Cayetano: "Historia del combate naval de Lepanto, y juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso". Madrid 1858, págs. 79-80.

23.— Las cifras que da Ibarra, proveedor y comisario general de la Armada, figuran en su "Memoria" enviada a Felipe II. Cf. Colec. de doc. ined. t. III, pág. 215.

24.— Stirling Max Well, William: "Don John of Austria or passages from the history of the Sixteenth century, 1547-1578". Tomo I pág. 381.

25.— Serrano, Luciano: "La Liga de Lepanto entre España, Venecia y la Santa Sede". Madrid, 1918. Tomo I, pág. 119.

26.— Graviere, Jurien de la: "La Guerre de Chypre et la bataille de Lépante". París, 1888, pág. 195.

27.— Carta de D. Luis de Requesens al Prior D. Hernando de Toledo, fechada en Mesina, a 13 de septiembre de 1571. Cf. "Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba", págs. 507-307.

28.— Carta de don Juan de Austria a García de Toledo, fechada en Messina a 25 de agosto de 1571. Cf. "Colec. de doc. ined". Tomo III, págs. 15 y siguientes.

29.— Las cifras dadas por Requesens y Don Juan de Austria, aparecen en las cartas de ambas mencionadas en las dos notas anteriores; las de Luis Carrero Blanco, en su notable estudio sobre "la victoria del Cristo de Lepanto". Madrid MCMXLVII Editora Nacional, pág. 167. Finalmente las cifras de Rossell se encuentran en su obra ya citada.

- 30.— Ibáñez de Ibero, Carlos: "Don Juan de Austria político e innovador". Madrid, 1944. Afrodisio Aguado, S.A., pág. 178, nota 110. De la Graviere precisa esta opinión en su Op. cit. T. II., pág. 51.
- 31.— Braudel, Fernand: "El Mediterráneo y el mundo mediterráneo". México 1953. Fondo de Cultura Económica. Tomo II, pág. 370.
- 32.— Angelucci, Enzo: "Barcos ayer, hoy, mañana". Barcelona. Editorial Argos S.A., pág. 38.
- 33.— Walsh, William Thomas: "Felipe II". Traducción del inglés por Belén Marañón Moya, México, 1948. Editorial Diana S.A. pág. 568.
- 34.— Braudel, Fernand: "Op. cit.", Tomo II, pág. 368.
- 35.— Ibáñez de Ibero, Carlos: "Op. cit.", pág. 181.
- 36.— Crame, Tomás: "Don Juan de Austria", Madrid, 1943. Ediciones Atlas, pág. 105.
- 37.— Coloma, Luis: "Jeromin". Estudios Históricos sobre el siglo XVI. "Original en el archivo del autor". Edición de la Imprenta del Corazón de Jesús, Bilbao, 1905-1907. Tomo II, págs. 7-11.
- 38.— Idem. págs. 14-15.
- 39.— Crame, Tomás: "Op. cit.", pág. 109.
- 40.— Coloma, Luis: "Op. cit.", Tomo I, pág. 391.
- 41.— Cabe recordar que su augusto padre Carlos V nació el mismo día de San Matías, efemérides gloriosa en la casa de Habsburgo, pues en el día de San Matías del año 1525 fue vencido Francisco I, en Pavia.
- 42.— Crame, Tomás: "Op. cit.", pág. 107.
- 43.— Gabriel y Galán, José María.
- 44.— Yeo, Margaret: "Don Juan de Austria". Santiago de Chile, 1936. Talleres "Letras", pág. 174.
- 45.— Idem.
- 46.— Arbó, Sebastián Iván: "Cervantes". Barcelona, 1945. Ediciones del Zodíaco, pág. 83.
- 46a.— En el "Consejo de Generales" celebrado en Mesina —a juicio del erudito José María Marsch, S.J.— "hubo unanimidad completa en dar batalla al enemigo". Marsch recalca lo de unanimidad "completa", pues reivindica con documentación inobjetable, la posición afirmativa de Requesens y de Doria, discutida por algunos historiadores. Cf. Marsch, José María, S.J.: "La batalla de Lepanto y don Luis de Requesens, lugarteniente general de la mar, con nuevos documentos históricos". Madrid, 1944. Ministerio de Asuntos Exteriores. Talleres Tip. Blass S.A., págs. 30-31.
- 47.— Carta de Don Juan de Austria a García de Toledo, de 16 de septiembre de 1571, desde la Fosa de San Juan. Cf. "Colec. de doc. inéd.", T. III, págs. 26-27.
- 48.— Walsh, Williams Thomas: "Op. cit.", pág. 569.
- 49.— Tomas, Mariano: "Felipe II, rey de España y monarca del Universo". Madrid, 1942. Gráfica informaciones, pág. 146.
- 50.— "Colec. de doc. inéd.". T. III, págs. 111 y siguientes. Carta de García de Toledo a Don Juan de Austria, fechada en Poggio a 12 de agosto de 1571 Cf. además, Ibáñez de Ibero, Carlos: "Op. cit.", pág. 180.
- 51.— Carrero Blanco, Luis: "Op. cit.", pág. 217. da la distribución de sus galeras con indicación de nombres de las mismas de sus respectivos capitanes.
- 52.— Cf. su numeración, el nombre de sus capitanes y el orden de marcha y de combate, en Carrero Blanco, "Op. cit.". Apéndices, págs. 221-222.
- 53.— Id. págs. 217-219.
- 54.— Id. págs. 219-221.
- 55.— Id. págs. 222-223.
- 56.— "Para los ojos del profano, se afirma en la Enciclopedia General del Mar, parecerá que esta función de constituir la reserva es menos gallarda que la de formar la vanguardia o el cuerpo de batalla, como entonces se llamaba el grueso. Pero téngase en cuenta que la reserva precisamente es con la que el Mando manobra y reacciona una vez que tiene todas sus otras fuerzas empeñadas en acción y que en aquellos tiempos, de tan difíciles comunicaciones, dicha reserva debía estar a cargo, precisamente, de alguien en quien el generalísimo tuviese absoluta confianza, ya que no podía tener la seguridad de que en un momento dado pudiesen llegar sus órdenes a su comandante, debiendo por lo tanto actuar éste en la forma más conveniente". Por lo demás así lo reconoce el propio Doria, en las relaciones oficiales de los hechos. Cf. "Enciclopedia General del Mar". Dirección de José María Martínez Hidalgo y Terán. Barcelona, 1957. Ediciones Garriga, S.A. Primer Volumen, pág. 611.
- 57.— Carrero Blanco, Luis: "Op. cit.", pág. 167.
- 58.— Ibáñez de Ibero, Carlos: "Op. cit.", pág. 180.
- 59.— Bariot y Savant, Jean: "Historia Mundial de la Marina", págs. 86-87. Madrid, 1965. Editorial Continente.
- 60.— Crame, Tomás: "Op. cit.", pág. 113.
- 61.— Walseh, Williams Thomas: "Op. cit.", pág. 571.
- 62.— Ibáñez de Ibero, Carlos: "Op. cit.", pág. 189.
- 63.— Braudel, Fernand: "Op. cit.", Tomo II, pág. 370.
- 64.— Angelucci, Enzo: "Op. cit.", pág. 38.
- 65.— Bariot y Savant, Jean: "Op. cit.", pág. 87. Cf. además, Angelucci, Enzo: "Op. cit.", pág. 37.
- 66.— Braudel, Fernand: "Op. cit.", pág. 369.
- 67.— Según el P. Luis Coloma, el crucifijo no era de hierro sino de marfil, y fue obsequiado más tarde por Don Juan a su confesor Fray Miguel Servia. Se conservó en el Convento de Jesús, extramuros de Palma de Mallorca, hasta 1835. Cf. "Op. cit.". Tomo II, pág. 102.

68.— Fuller, J.E.C.: "Batallas Decisivas del Mundo Occidental y su Influencia en la Historia". Volumen Primero. Desde los tiempos más remotos hasta la batalla de Lepanto. Barcelona, 1964. Luis de Caralt, editor. Pág. 645. Algunos historiadores como Braudel, señalan a Andrea Doria como el inspirador de esta iniciativa. Cf. "Op. cit.", Tomo II, pág. 37.

69.— Se conserva en el Museo de Villagarcía de Campos. Cf. "Guía histórica-artística de Villagarcía de Campos", 1959. Editada con ocasión de la inauguración del Museo bajo la presidencia de S.E. el Generalísimo D. Francisco Franco. El autor asistió especialmente invitado por la Compañía de Jesús. Cf. pág. 11. Cf. Coloma, Luis: "Op. cit.", T. II, pag. 80-81. En su nota 1 expresa textualmente: "Consérvase esta sagrada reliquia en la Iglesia de Villagarcía de Campos; regalola Don Juan de Austria después de la batalla a su muy amada Doña Magdalena de Ulloa; colocóla ésta en un magnífico pie de plata cincelada y lególa al morir a los Jesuítas de Villagarcía, que la pusieron en el relicario de su iglesia de San Luis, donde al presente existe".

"El famoso P. Isla, que vivió muchos años en Villagarcía, dice en su traducción del Año Cristiano, de Croisset, día 3 de mayo, fiesta de la Santa Cruz: En el Colegio y Noviciado de Villagarcía de Campos se venera un "lignum crucis" como de una pulgada de largo y media de grueso, con que el Santo Pío V regaló al Sr. Don Juan de Austria, después de la famosa batalla de Lepanto; y su Alteza se lo presentó a la Exema. Sra. Doña Magdalena de Ulloa, insignie fundadora de aquel Colegio, que había criado al Sr. Don Juan en aquella villa; Yerra, sin embargo, el P. Isla al decir que el relicario fue enviado a Don Juan después de la batalla. Enviólo don Juan, en efecto a doña Magdalena después de la batalla; pero envióselo a él el Santo Pío V antes de ella, para que lo llevase al cuello en aquellos supremos momentos".

70.— En la actualidad se venera en la Catedral de Barcelona. El P. Coloma sostiene que el Cristo que Don Juan hizo colgar en el estante-rol, "dentro de una caja de madera fue el Crucifijo de los moriscos rescatado por Luis Quijada". Cf. "Op. cit.", Tomo II, pág. 107. Al igual que el "lignum crucis" se conserva en el Museo de Villagarcía de Campos. Cf. "Guía Hispánico-turística", antes citada, pág. 11. Con él sobre el pecho murió Don Juan de Austria.

71.— Walsh, William Thomas: "Op. cit.", pág. 569.

72.— Lizondo Gascuena, Julián: "Espejo y Gloria de España". Figuras, manuseritos, evocaciones. Burgos, 1951. Imprenta Hijos de Santiago Rodríguez, pág. 136.

73.— Cf. March, José María. S.J.: "Op. cit.", págs. 29-30.

74.— Coloma, Luis: "Op. cit.", Tomo II, pág. 93.

75.— Carrero Blanco, Luis: "Op. cit.", págs. 225-226.

76.— Coloma, Luis: "Op. cit.", Tomo II, pág. 94.

77.— Cervantes de Saavedra, Miguel: "El ingenioso Hidalgo Don Quijote", T. I pág. 40.

78.— Carrero Blanco, Luis: "Op. cit.", págs. 228-230.

79.— Idem., págs. 226-228.

80.— Coloma, Luis: "Op. cit.", Tomo II, pág. 93.

81.— Carrero Blanco, Luis: "Op. cit.", pág. 230.

82.— Díaz Plaja, Fernando: "La Historia de España en sus documentos. El siglo XVI". Madrid, 1958. Instituto de Estudios Políticos, pág. 605. Cf. además, "Colec de documentos inéditos para la historia de España". T. 30 págs. 216-223.

83.— Walsh, William Thomas: "Op. cit.", pág. 573.

84.— Díaz Plaja, Fernando: "Op. cit.", pág. 605.

85.— Fuenmayor y Pimentel, Antonio de: "Op. cit.", pág. 232.

86.— Riber, Lorenzo: Prólogo, pág. XI. "Vida y Hechos de Pío V" de Antonio Fuenmayor, edic. cit.

87.— "Motu proprio" con firma autógrafa de Pío V. Original en el archivo del autor.

88.— Díaz Plaja, Fernando: "Op. cit.", pág. 605.

89.— No todos los historiadores están de acuerdo en cuanto al número de cañones que montaban las galeazas. Así el P. Luis Coloma les asigna 20 a cada una. Pastor, Ludovico, siguiendo a Molli, 36 grandes y 56 piezas para "tirar balas de piedra". Cf. Op. cit., pág. 357, nota 3.

90.— Angelucci, Enzo: "Op. cit.", pág. 38.

91.— Barjot y Savant: "Op. cit.", pág. 85.

92.— El P. Coloma, contrariamente a la mayoría, afirma que fue el ojo derecho. Cf. "Op. cit.", Tomo II, pág. 112.

93.— Tomás, Mariano: "Op. cit.", págs. 143-149.

94.— Carrero Blanco, Luis: "Op. cit.", pág. 204.

95.— Saivá, Jaime: "La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII". Madrid, 1944. Instituto Histórico de Marina. Imprenta Aldecoa, Burgos. Pág. 264.

96.— Coloma, Luis: "Jeromin". Tomo II, pág. 113.

97.— Idem. Pág. 114.

98.— Díaz Plaja, Fernando: "Op. cit.", pág. 606.

99.— Coloma, Luis: "Jeromin". T. II, pág. 115.

100.— Idem.

101.— Coloma, Luis: "Op. cit.". T. II, pág. 115.

102.— Cambra, Fernando P. de: "Dn. Alvaro de Bazán, Almirante de España". Madrid, 1953. Editora Nacional, págs. 153-156.

- 103.— Díaz Plaja, Fernando: "Op. cit.", pág. 607.
- 104.— Idem.
- 105.— Tomás, Mariano: "Op. cit.", pág. 149.
- 106.— Fuller, J.E.C.: "Op. cit.", pág. 651.
- 107.— Requesens, Luis de: Obra en el archivo del autor un interesante autógrafo de este nobilísimo Comendador Mayor de Castilla y lugarteniente general de don Juan de Austria en Lepanto.
- 108.— Alejandro Farnesio nace en 27 de agosto de 1545. Fueron sus padres Octavio Farnesio, príncipe de Parma, y Margarita de Austria, hija natural de Carlos V. Lo bautizó San Ignacio de Loyola. Sobrino de don Juan de Austria y sólo dos años menor que él, fue su amigo incomparable. En sus brazos muere don Juan en Namur en 1578.
- De Alejandro Farnesio poseo un valioso documento autógrafo, fechado en Bruselas a 30 de marzo de 1586, en el que comunica la noticia del deceso de su madre a Juan de Zúñiga, ayo y mayordomo mayor de Felipe III en su primera edad, Presidente del Consejo de Estado y Comendador Mayor de Castilla.
- 109.— Petrie, Charles: "Felipe II". Madrid, 1964. Editora Nacional, pág. 117.
- 110.— Díaz Plaja, Fernando: "Op. cit.", pág. 607.
- 111.— Fuenmayor y Pimentel, Antonio de: "Op. cit.", pág. 233
- 112.— Este título le había sido otorgado dos años antes, en 19 de octubre de 1569. La grandeza de España se lo concede en 1583. Cf. Moreno de Guerra y Alonso, Juan: "Guía de la Grandeza", Madrid, 1918. Imprenta Parroquial. Toledo. Pág. 433.
- 113.— Tomas, Mariano: "Op. cit.", pág. 149
- 114.— Fitzmaurice Kelly, Jaime: "Miguel de Cervantes Saavedra, reseña documentada de su vida". B. Aires, 1944. Editorial Bajel. Pág. 44.
- 115.— Interesa precisar que no obstante el honroso título de "Manco de Lepanto" con el que es universalmente conocido Cervantes, jamás le fue amputada una de sus manos, tan sólo perdió "el movimiento de la mano izquierda, para gloria de la diestra", como se lee en el "Viaje del Parnaso" del propio Cervantes, que deja constancia del hecho por boca de Mercurio (cap. VII - 215-216). Una abundante documentación sobre esta materia se encuentra en la obra de Fitzmaurice-Kelly. Edic. cit., págs. 44-46.
- 116a.— Arbó, Sebastián Juan: "Op. cit.", pág. 95.
- 116b.— Braudel, Fernando: "Op. cit.", pág. 372.
- 117.— Fuller, J.F.C.: "Op. cit.", págs. 655-656.
- 118.— Artiñano, Gervasio de: "La vida de la galera". Conferencia pronunciada el 13 de febrero de 1936. Publicada en "Lepanto". IV Centenario de Cervantes y de Don Juan de Austria. Madrid, 1947. Museo Naval, pág. 124.
- 119.— Angelucci, Enzo: "Op. cit.", pág. 38.
- 120.— García de Toledo a Don Luis de Requesens en carta fechada en Pisa a 5 de noviembre de 1571. Cf. March, Juan Ma.: "Op. cit.", pág. 17.
- 121.— Mattingly, Garrett.: "La Armada Invencible". Barcelona, 1961. Editorial Grijalbo Española S.L., pág. 451.
- 122.— Citada por Prescott, W.H.: "History of the reign of Philip II", lib. V Cap. II.
- 123.— Pastor, Ludovico: "Op. cit.", Vol. XVIII, pág. 362.
- 124.— Sobre este particular escribe Pastor en la obra y volumen citado, pág. 377, nota 3: "El dato del Breviario Romano (al 24 de mayo), de que Pío V intercaló en la Letanía Lauretana el título "Auxilium christianorum", no se puede sostener"; Cf. A. de Santi, Les Litanies de la s. Vierge, París, 1900, 224. Esta edición procede probablemente de los soldados que volvían de la victoriosa guerra contra los turcos, muchos de los cuales de vuelta a su tierra pasaban por Loreto. Según eso, esta invocación fue una vox populi, una expresión de gozo por la protección de la Santísima Virgen María en el arduo combate; v. El católico, 1898, I, 370".
- 125.— Bull, Rom., VIII, 44 s.
- 126.— Cervantes de Saavedra, Miguel: "Viaje del Parnaso". Cap. I.
- 127.— Lope de Vega dedica a la gloria de Lepanto una comedia, "La Santa Liga", cuyo título primitivo anterior a 1603, fue "La batalla naval". Cf. Menéndez Pelayo, Marcelino: "Op. cit.", edit. cit. "Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega". Vol. VI, págs. 100 y siguientes.
- 128.— Menéndez Pelayo, Marcelino. Id. pág. 127.
- 129.— Id. pág. 130.
- 130.— Riber, Lorenzo: "Prólogo a Vida y Hechos de Pío V", de Antonio de Fuenmayor. Pág. XXII.
- 131.— Herrera, Fernando de: "Oda a la batalla naval de Lepanto".
- 132.— Menéndez Pelayo, Marcelino: "Op. cit.". Edic. cit. "Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega". Vol. VI., págs. 116-117. Cf. Camisii Epist. VI. 629 s. y 637 y sg.
- 133.— Pastor, Ludovico: "Op. cit.". Vol. XVIII, pág. 378.
- 134.— Riber, Lorenzo: "Op. cit.", pág. XXII.
- 135.— López de Toro, José: "Los poetas de Lepanto". Madrid, 1950. Instituto Histórico de Marina. Págs. 153-154.
- 136.— Original autógrafo en dos volúmenes en el archivo del autor.
- 137.— Se trata de un pequeño trozo, cortado y enmarcado en un dibujo especial por el coronel español Zenen de Buenaga, favorito de Isabel II.
- 138.— Crame, Tomás: "Op. cit.", pág. 147.
- 139.— Idem. Pág. 148.

140.— De este desafortunado secretario de Don Juan de Austria, conservo una carta autógrafa, suscrita poco antes de ser ultimado por los esbirros de Antonio Pérez.

141.— En el verano de 1573 abandona Don Juan "las delicias de Nápoles, donde sus amores con la bella sorrentina Diana Falangola", le hicieron padre de doña Juana de Austria, nacida en el convento de Santa Patricia de Nápoles, el día 11 de septiembre de 1573. Cf. "Revista Geográfica Española: La huella de España en Sicilia". Madrid, sin fecha. Talleres Gráficos Montaña: "Una estancia de don Juan de

Austria en Sicilia" (8 de agosto a 7 de octubre de 1573), por Eugenio Sarrablo, secretario del Archivo Histórico Nacional. Págs. 68-79. Cf. además, Nicolini, Fausto: "Un amante sorrentina di Dn. Giovanni d'Austria", Nápoles, 1934.

142 — Así la denomina J.B. Campegio en carta a Pío V, fechada en Bononiae, 1571, sexto cal. Nov. Cod. L. III, 66 de la "Bibl. Chigi de Roma". Cf. Pastor, L. "Op. cit.". Vol. XVIII, pág. 378.

143.— Pastor, Ludovico: "Op. cit.". Vol. XVIII, pág. 360.